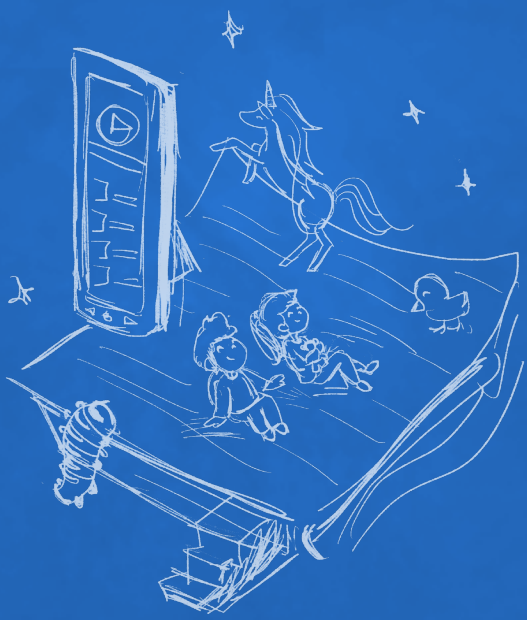
EL CLAN DE LOS CUENTOS. HISTORIAS INFANTILES PARA EL SIGLO XXI - Serie Talleres Virtuales

EL CLAN DE LOS CUENTOS. HISTORIAS INFANTILES PARA EL SIGLO XXI



Cuentos del taller virtual
dirigido por Rosalí León-Ciliotta

EL CLAN DE LOS CUENTOS. HISTORIAS INFANTILES PARA EL SIGLO XXI

Cuentos del taller virtual
dirigido por Rosalí León-Ciliotta

Serie
TALLERES VIRTUALES

Primera edición digital, FCE, Perú, octubre 2020

Distribución mundial

© 2020, Carmen Pachas Piélago
© 2020, Cindy O.
© 2020, Evelyn García Huamán
© 2020, Jessica Bolaños Vergaray
© 2020, Lupe Jara
© 2020, @Mariavictoriawrites
© 2020, Maritza Valenzuela Macedo
© 2020, Mary Luz Henao Navarro
© 2020, Rob Escobar
© 2020, Sandra Colorado
© 2020, Sara Maricruz Bravo Montenegro
© 2020, Uchi
© 2020, Vero Ferrari

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Rosalí León-Ciliotta
Producción: Productora Odiseo
Diseño y diagramación: María Adelaida Turpo Córdova
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © María Adelaida Turpo Córdova

ISBN: 978-612-4395-23-9
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-00711

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

Presentación.....8
Prólogo.....9

Carmen Pachas Piélago
Carmincha y el turtupilín del jardín.....15

Cindy O.
Te veo en la Luna.....22

Evelyn García Huamán
Desde aquí hasta el cielo.....32

Jessica Bolaños Vergaray
Un furibundo pie izquierdo.....42

Lupe Jara
El pegaso que no podía ser poni.....52

@Mariavictoriawrites
Vale entre olas y montañas.....60

Maritza Valenzuela Macedo
Miles de huevos vuelan sobre mi cabeza.....69

Mary Luz Henao Navarro
Mi gran viaje con Sami.....74

Rob Escobar
Dos ángeles y un misterio.....83

Sandra Colorado
Pasa volando.....92

Sara Maricruz Bravo Montenegro
Mateo y el charanguito mágico.....99

Uchi
Un verano sin balón.....109

Vero Ferrari
El descubrimiento de Pipina.....118

ROSALÍ LEÓN-CILIOTTA

(Lima, 1984)

Es licenciada en Comunicación, diplomada en Docencia en Educación Superior y máster en Derechos Humanos. Actualmente cursa el Doctorado en Didáctica de la Literatura Infantil y Juvenil en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado cinco novelas para niños entre las que se encuentran *Romi y el Sol* e *Isa en CiberLima*; su libro más reciente es la edición española de *Perroaventura: buscando un hogar* (Madrid, 2020).

Tiene una década de experiencia editorial con materiales escolares para Primaria y Secundaria; además de brindar conferencias y talleres de su especialidad. A la par de su labor como escritora, investigadora y editora, está su premiada labor de traducción con el libro *Extractos de un diario: Perú, 1821*, de la Colección del Bicentenario, que le mereció ser incluida en la Lista de Honor de IBBY, la institución más importante de literatura infantil y juvenil en el mundo.

Está próximo a salir con Alfaguara (y en coautoría con Juan Manuel Chávez) su novela juvenil *En el banquillo*.

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia de la COVID-19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo
La historia de las historias del Clan

¿Cómo puede un adulto contar una historia para niños? ¿Cómo contamos una historia que represente la manera de ser y vivir de los niños y niñas en el siglo XXI? ¿La literatura infantil es literatura a secas o debe ser también educativa? ¿Qué buscan los niños y las niñas de este tiempo en un cuento? Todas estas preguntas nos las hemos planteado en el taller "Un cuento infantil para el siglo XXI" —hecho posible gracias al Fondo de Cultura Económica Perú—, y los cuentos que van a leer en las páginas de este libro son el producto de ese esfuerzo creativo y esa ilusión cuestionadora de parte de las personas que han formado parte de esta aventura.

El taller que dio origen a *El clan de los cuentos. Historias infantiles para el siglo XXI*, surgió en un contexto inédito: desde la forma en que se dictó (clases virtuales) hasta la situación en medio de la cual nació (una pandemia), lo que da testimonio

de lo resilientes y adaptables que podemos ser los seres humanos. Pese a nunca haber compartido aula física con los 13 talleristas que aquí presentan sus cuentos, la manera en que se llevó a cabo el taller permitió que nos reuniéramos personas en 4 países diferentes y conversáramos sobre la literatura, que intercambiáramos perspectivas sobre los cuentos que iban tomando forma, y que aprendiéramos sobre lo que implica un cuento infantil en un tiempo tan inmediato y cambiante como lo es el siglo XXI.

Los cuentos en *El clan de los cuentos. Historias infantiles para el siglo XXI* han sido producto de las ansias de cada autora y autor de contar una historia, transmitir un mensaje, extender la mano —un cuento— a los niños y niñas que tengan la suerte de llegar a este libro. Durante ocho sesiones nos zambullimos en la literatura infantil y en los pilares que permiten que una historia sea cercana y asequible para el público infantil, al mismo tiempo que goce de una cualidad literaria valiosa, que siga un hilo narrativo y que comunique lo contado de la manera más idónea; desde la primera hasta la última línea.

En cada una de nuestras sesiones no solo aprendíamos sobre los ingredientes que componen un cuento, como la estructura, los personajes y los diferentes tópicos dentro de los cuales se pueden encuadrar los cuentos, sino que también compartíamos ideas, dudas, ilusiones… en definitiva intercambiábamos saberes y pedacitos de alma para poder plasmarlos en los cuentos que leerán en las siguientes páginas.

Tenemos todo tipo de historias: desde futboleras, aventureras o amantes de la naturaleza, hasta aquellas que nos llevan de la mano de las y los protagonistas de manera emotiva y expresiva, hacia un autodescubrimiento o aceptación de lo propio y de lo posible. Entre los tópicos que las autoras y el autor abordan en sus cuentos, uno que ha sido trasversal (de manera comprensible) es el de la libertad, ya sea simbólica, real o imaginada. Asimismo, nuestros cuentos en *El clan de los cuentos. Historias infantiles para el siglo XXI* abordan cuestiones como la pasión de los niños y niñas del siglo XXI por encontrar respuestas y diferentes formas de enfrentar las pérdidas, o los aprendizajes que suponen un cambio completo en la configuración del mundo y de la personalidad de los personajes retratados.

En los cuentos de este libro también nos encontramos con el mundo de la fantasía visto a través de los ojos de niños y niñas y sus fieles acompañantes: muñecas y muñecos que le dan voz a las cavilaciones internas de la mente infantil. Pero los trece relatos de *El clan de los cuentos. Historias infantiles para el siglo XXI* no solo abordan la mente infantil, sino que además se acercan a los sueños y aspiraciones de personajes un poco mayores, aunque todavía coqueteen con la infancia. En estas narraciones veremos enriquecida nuestra lectura con bellas estampas de diferentes culturas y a través del inestimable papel de la imaginación y de la familia en el mundo infantil durante sus diferentes etapas de crecimiento.

A través de las narraciones que las autoras y el autor de los cuentos del libro nos regalan, vemos a sus personajes compartir y experimentar cambios profundos en ellos mismos: desde aprender a tratar mejor a los demás hasta hacerse conscientes y admirar la diversidad que les rodea; valorar, desde su propio universo, todo lo que tienen que ofrecer a las personas de su entorno o hasta inspirarse en el mundo animal para ayudar hacer del mundo un lugar mejor.

Los niños y niñas (¡y unicornios, y orugas, y pollitos también!) de los cuentos de *El clan de los cuentos. Historias infantiles para el siglo XXI* no solo viven el momento y las aventuras que tienen en frente, sino que reflexionan en torno a lo que les ha tocado vivir, ganar o perder, y cómo enfrentarlo.

Como ya se pueden ir imaginando, no todo en este libro son arcoíris y chispitas de colores. Y es que cada producción literaria que llega a nuestras manos (o dispositivos electrónicos) no es solamente producto del autor o la autora y su imaginación y talento, sino que también responde al mundo en el que él o ella crecieron y el momento histórico y social en el que nació el relato que nos deja. Los cuentos que forman parte de esta antología no escapan tampoco a esta regla.

Por primera vez en la historia de la humanidad, el mundo entero está viviendo una misma situación, la cual además estamos compartiendo —en tiempo real— a lo largo y ancho del planeta. La pandemia (que aún no hemos superado) ha afectado de manera diferente a las distintas personas y países, y esto también se ha visto reflejado en los cuentos que leerán en las páginas que vienen. Desde las consecuencias del encierro hasta la manera de

lidiar con la pérdida de un ser querido para los niños y niñas, todo ello está plasmado en las mil y pico palabras de cada historia de *El clan de los cuentos* con exquisito candor.

Así que denle vuelta a las páginas de cada cuento y abran las puertas de su imaginación para leer las narraciones a continuación: se encontrarán con un crisol de aventuras, sueños, sensibilidades y diversidad, envueltos en buenas historias y sobre todo con ganas de compartir relatos con los niños y niñas del siglo XXI.

Rosalí León-Ciliotta

Carmincha y el turtupilín del jardín

Carmen Pachas Piélago

¡Tur-tu-pi-lín, tur-tu-pi-lín!

Carmincha abrió un ojo. Ya son las 5:30 a.m., pensó. Había escuchado el dulce canto del turtupilín. Antes, se le hacía muy difícil pronunciar el nombre de este pajarito de lomo negro, con la cabeza y pecho rojos. Pero cuando empezó a escuchar atentamente su canto, se dio cuenta de que ¡cantaba su nombre! Tur-tu-pi-lín, tur-tu-pi-lín.

Saltó de su cama y corrió al jardín para verlo. Carmincha vivía muy cerca de los Humedales de Villa y tenía la suerte de que varios pajaritos fueran a visitarla, pero allá afuera, la vida era muy diferente. Desde hace unos meses, Carmincha había visto en la tele que muchas personas se contagiaban de esa horrible enfermedad llamada COVID-19.

El papá turtupilín y su familia, sin embargo, vivían ajenos a todo esto y hoy, él cantaba más lindo que otros días. ¡La turtupilina había empollado tres hermosos turtupilincitos que gritaban desesperados de hambre!

Papá turtupilín, sentado en el cable del teléfono, miró de reojo a Carmincha. Ella levantó su mano, como saludándolo. Tur-tu-pi-lín, tur-tu-pi-lín, dijo el ave, como contestándole, justo antes de volar velozmente a un punto del jardín, donde atrapó un bicho para sus pichones.

Suertudos ellos, que sí tienen comida, pensó Carmincha. Le costaba entender cómo podía haber otros niños que no tuvieran qué comer porque sus padres habían perdido el trabajo. Ese virus malvado estaba cambiando la vida de muchas personas.

De pronto, algo amarillo llamó su atención. Se movía entre las suaves panojas fucsia de la kiwicha que su mami cuidaba con tanto cariño. Carmincha se acercó despacito, sin hacer ruido, y vio que era ese pajarito, el botón de oro, que se llamaba así porque tenía el color del sol. Vio al costado unos periquitos verdes que tenían la cola de color esmeralda y ¡devoraban los pequeños granos de kiwicha!

Carmincha conocía muchas cosas porque le encantaba hojear los libros de fotos espectaculares que su mami leía para crear sus cuentos. Los que más le gustaban eran los de aves del Perú: aves de la Amazonía, del desierto, de Lima, de Cusco, de

los humedales, de la Cordillera… En esos libros había leído sobre todas las aves que la visitaban en su jardín y así supo que el turtupilín comía insectos, mientras que el botón de oro y el periquito esmeralda comían semillas.

Afortunadamente, los papás de Carmincha trabajaban en casa y solo salían cuando llevaban el carro al grifo para medir el aire de las llantas. Antes, ella los acompañaba a hacer las compras en el supermercado o al mercado orgánico lejos de su casa, pero desde que empezó la cuarentena, las cosas eran diferentes. Todo llegaba por delivery. Sus papis se ponían máscaras y guantes para recibirlos y desinfectaban todo antes de guardar las frutas, verduras y el resto de las compras.

En su casa se preparaban riquísimas comidas con quinua, kiwicha, cañihua, oca, mashua y otros alimentos peruanos que eran muy nutritivos. La mami de Carmincha decía que la mejor vitamina es la vitamina "O", de olla. O sea, que uno tenía que estar bien alimentado para que su sistema inmuno... algo así, estuviera fortalecido y pudiera vencer a cualquier virus malvado que quisiera entrar en el cuerpo.

—¿Cuándo podremos salir de nuevo? —preguntó Carmincha una tarde a su mami.

—Siéntate conmigo —le respondió su mamá después de pensar un momento—. Te cuento una historia:

«Una amiga mía tenía una hijita de tu edad. Ellas vivían con los abuelitos y la niña todos los días le decía a la mamá que quería salir a jugar. Un día, su mamá le dio permiso para salir un ratito. Pero la niña era muy traviesa y se quitó la mascarilla y se puso a jugar con una amiguita. Cuando su mamá se dio cuenta, regresaron inmediatamente a casa, pero, a las dos semanas, sus abuelitos, que eran mayores, comenzaron a sentirse mal; les dio una tos muy fuerte y tuvieron que ir al hospital.

Días después, de regreso del hospital, la mamá abrazó a su hija y le dijo: tus abuelitos te enviaron un beso y se fueron juntitos al cielo. Y la niña le preguntó a la mamá, ¿y tú también te vas a ir al cielo? Claro, todos vamos a partir, pero todavía no. Ahora vamos a cuidarnos y a querernos mucho.»

Al terminar de escuchar la historia, Carmincha se quedó callada y abrazó con fuerza a su mami. Así se quedaron un largo rato, hasta que su papi se acercó, envolviéndolas con sus brazos fuertes. Así, protegida como se sentía Carmincha empezó a pensar cómo podría hacer para que los niños y las niñas comprendieran lo importante que era protegerse contra el coronavirus.

Cuando llegó la noche, se fue a acostar, pensando y pensando. Y así, de tanto pensar se fue quedando dormida…

Y soñó.

Soñó que estaba al costado de su mami, que escribía cuentos para niños y niñas. Y Carmincha se preguntó, ¿qué tal si… si su mami creara un personaje que se llamara como ella, Carmincha (¡obvio!), y que contara las muchas cosas que podríamos hacer sin salir de casa para evitar contagiarnos?

De todas las historias que su mami escribiría, también les contaría acerca de los pajaritos que venían todos los días al jardín de su casa y cómo hacían sus nidos, con las delgadas ramitas del árbol de la ponciana o con los suaves copos de la planta de

algodón nativo de colores. Los cuentos tendrían hermosas ilustraciones para que los niños y niñas tuvieran en sus casas una parte de la naturaleza que Carmincha disfrutaba todos los días en su jardín. Y el cuento sería digital, para que pudieran verlo desde el celu o de las compus de sus papis, sin salir de casa.

Pero, ¿cómo harían esos niños que vivían en zonas donde la señal de internet no llegaba? Carmincha recordaba haber visto en la tele que muchos niños tenían que subir con sus profesores a las montañas para encontrar un lugar donde llegara la señal. Pensó y pensó hasta que se le ocurrió una idea. ¿Y si sus cuentos formaran parte del programa "Aprendo en casa" y más niños y niñas de todo el país pudieran verlos por la tele? Así se podrían divertir sin salir de casa.

A la mañana siguiente, a las 5:30 a.m., Carmincha escuchó: Tur-tu-pi-lín, tur-tu-pi-lín y salió disparada de su cama. La familia del turtupilín seguía con su día a día. Pero Carmincha sabía que la vida de ella y de su familia estaba a punto de cambiar. Hoy, en el desayuno, les contaría a sus papis sobre el sueño que tuvo.

Carmincha se imaginaba a los niños viendo la tele, disfrutando de mágicos viajes que harían a través de los cuentos, ¡sin salir de sus casas! Ella sentía que así los podría ayudar en este momento difícil que todos estaban pasando.

Mientras tanto, en su jardín, papá turtupilín imaginaba que dentro de poco sus pichones aprenderían a volar, iniciando sus propias vidas. Sin embargo, miraba con extrañeza que la familia de Carmincha y muchas otras personas permanecían en sus casas, sin salir. Los seres humanos habían olvidado que la Tierra era un lugar donde todos deberían llevar una vida saludable, dedicando tiempo a la familia, en armonía con la naturaleza, cuidándola y protegiéndola, sin depredar ni contaminar. Esta pandemia les estaba dando un mensaje: la COVID-19, silenciosa como había llegado, se iría, y quizás, tal vez, los seres humanos podrían volver escuchar, así como Carmincha, el dulce canto del turtupilín.

Te veo en la Luna

Cindy O.

¡De repente nadie podía salir! Y Toti no entendía nada. Apenas ayer jugaba con su hermano en la plaza del pueblo y llegaron tan sucios que su awicho, que siempre los cuidaba, al verlos se apoyó en su bastón y gritó:

—¡Llegaron unos khuchis!

Llegaron tan cansados, que ni bien se bañaron cayeron rendidos. Esa noche, en las noticias, sus padres escucharon que un virus muy contagioso había llegado, por lo que se suspenderían las clases escolares y los canales de televisión pasarían programas educativos de acuerdo con el grado escolar. También, debían mantener distancia de más de un metro con otras personas y lavarse las manos frecuentemente con abundante agua y jabón. Además, los niños y ancianos debían permanecer en casa.

Al día siguiente su mamá les explicó la noticia. Yaku, el mayor, entendió mejor que Toti, quien se resistía a comprender algo tan raro. A escondidas,

se asomó por la ventana y… ¡qué gran chasco se llevó!, pues solo había polvo y perros correteando gatos en las calles. Las siguientes semanas fueron iguales; nadie salía y Toti, como cualquier otra niña de 5 años, en cuarentena… Se aburría.

Una mañana mientras renegaba del "conavidus", como solía decir, y lamentaba su encierro; su hermano la corrigió por millonésima vez:

—¡Es co-RO-na-vi-RUS, Toti! —se burló Yaku, enfatizando las dos sílabas que no lograba decir Toti.

—¡Ayauchi! Pobre Toti, ¡no sale! ¡no juega! —se rió su awicho.

Entonces, Toti los miró de una forma que, si pudiera, seguro les lanzaba un gran rayo láser asesino. Iba a responderles cuando algo llamó su atención:

—¡En 1969 el ser humano llegó a la Luna! —dijo la profesora de historia en la televisión.

—¿A la Luna? —preguntó Toti inclinando la cabeza, pero nadie le respondió.

Más tarde, mientras saltaba en los charcos de barro que dejó la lluvia de la noche anterior, recordó haber visto a la Luna flotando en el río que pasa cerca de su casa y recordó la historia del señor que había llegado a la Luna.

Ya en la noche, cuando sus padres llegaron, Toti emocionada corrió hacia ellos llena de preguntas:

—¡Mami, papi! ¿Ustedes han ido a la Luna?

—¿De qué hablas, Toti? —respondió su mamá, extrañada.

—¡Si, mami! En su clase del Yaku dijeron que un señor se fue a la Luna ¡Yo también quiero ir! —dijo apuntando al cielo.

—Mi pequeña Toti, aún no creces ¿y ya quieres ir a la Luna?... Pues si lo deseas de corazón y estudias mucho podrás ir; al igual que los señores que viste en clase de tu hermano —dijo dulcemente su mamá.

Luego su papá, los mandó a dormir, y se quedó conversando con mamá.

—Cerrarán el mercado unas semanas hasta que los contagiados se recuperen —informó preocupado.

—¿Qué haremos? —respondió mamá.

—Ya veremos cómo nos las arreglamos. Pero por lo pronto debemos estar atentos con los niños y el awicho —dijo papá.

Esa noche Toti, que los había escuchado, no pudo dormir y estuvo moviéndose de un lado a otro; tanto que despertó a su hermano.

—¿Qué tienes Toti? ¡Tanto que te mueves, pareces gusano! —dijo Yaku.

—Tú sabes si en la Luna ¿hay conavidus? —preguntó.

—¡Es coronavirus, Toti! Y no. ¿Cómo crees que hay eso allá? Si la Luna está muuuy lejos, y para ir debes subir a un cohete.

—¿Un cohete?

—¡Si! Es una nave especial para ir a la Luna y solo los astronautas suben. Dice mi profe que para eso debemos estudiar mucho.

Ya por la mañana, una sonriente Toti dibujaba triángulos y rectángulos en la tierra, mientras conversaba con su awicho.

—¿Qué dibujas, Totita? —pregunto el awicho.

—¡Un cohete para ir a la Luna, awicho!

—¿A la Luna? ¡Que imaginación! —sonrió el awicho.

Entonces lo miró y pensó que el awicho era muy anciano para entender de viajes a la Luna, pero seguro que tendría una explicación para el misterio de la Luna sobre el río en las noches.

—Awicho, ¿Por qué la Luna baja al río en las noches?

—¿Baja?… Bueno, yo recuerdo que cuando era niño…

—¡¿Niño?! —interrumpió Toti.

—¡Claro! No siempre fui awicho —dijo riendo—. Cuando era niño me contaron que la Luna bajaba al río a jugar con las truchas por las noches y que por eso son las más ricas de la región.

Toti asintió y se relamió al recordar el sabor de la trucha ahumada que preparaba el awicho.

En la noche, con todo lo investigado, a Toti se le ocurrió la idea más increíble y le pidió ayuda a su hermano, que, aunque no estaba tan convencido, accedió con tal de que Toti no pensara en el coronavirus.

Al día siguiente, a las cinco en punto, Toti saltó sobre la cama de Yaku, bailando sobre él para despertarlo.

—Hermano, ¡ya salió el sol! ¡Vamos!

Esa mañana desayunaron como si nunca hubieran probado bocado (tanto que Toti casi se atora), y cual rayo, salieron a buscar lo que necesitaban para su cohete: algunas piedras, cartones y unas cuantas leñas que cogieron a escondidas de la cocina. Cuando terminaron con su obra

de ingeniería, festejaron saltando como grillos, hasta que escucharon un ¡plaf!... Los cartones se habían doblado, el palo estaba en el piso y las piedras esparcidas alrededor… ¡Del cohete no quedó nada!

Al principio, Toti lloró intentando arreglarlo sin éxito, y entonces comenzó a tirar y patear todo.

—¡No sirve nada! ¡No quiero nada! —gritaba enfurecida.

Mientras su hermano recogía todo y el awicho la consolaba, sus padres entraron tosiendo a su habitación, sin decir palabra alguna. Yaku, preocupado, les preguntó:

—Mami, papi ¿Están bien?

—¡Claro que sí! No te preocupes, que solo es una gripe —respondieron sin abrir la puerta del cuarto.

Ya por la mañana el awicho, Toti y Yaku hicieron la cosecha y limpiaron la casa, y en la tarde con la aparición de las primeras luciérnagas, el awicho les dijo:

—¡Es hora! Yaku, tráeme los cartones, costales y la soga que están en el cuarto de los cuyes y tú, Toti, ¡sígueme!

—¿Adónde vamos, awicho? —preguntó Toti.

—¡Apura! —le dijo— llevándola hacia el árbol más frondoso de la chacra.

Al llegar, intentó cargar a Toti para que agarrara las ramas, pero claro, aunque fuera pequeña pesaba mucho y el awicho ya no estaba para esos esfuerzos, así que cogió su bastón y golpeó las ramas más delgadas para que Toti las cogiera. Ya con todo listo empezaron.

—Un cartón aquí, el otro allá… Yaku, amarra las ramas con la soga; que parezca un triángulo —le dijo y cubrieron con costales las ramas a modo de techo.

Para cerrar, con carbón dibujaron un panel de control adentro. Desde fuera, el awicho movió el cohete para ver si resistía y, saltando en un pie, pero apoyado en su bastón dijo:

—¡Ya está! ¡Nuestro cohete! —y los abrazó.

—¡Sii! ¡Nuestro cohete! —gritaron emocionados Toti y Yaku mientras le devolvían el abrazo al awicho.

Desde ese día, cada tarde cuando salían las luciérnagas, Toti y su tripulación se alistaban para viajar en el cohete, con el que llegaron a la Luna, donde jugaban con unos pececitos de colores, y a Marte, donde hicieron castillos de arena roja. Casi llegaron a Venus, pero empezó a llover y tuvieron que poner en pausa su misión.

Varios días después de construido su cohete, Toti despertó inquieta una madrugada, con ganas de ver al awicho, quien hacía días no salía de su habitación. Apuró el paso hasta el cuarto del awicho, y dentro solo estaba su mamá, quien al percatarse de la presencia de Toti dibujó una sonrisa y con lágrimas en los ojos, le dijo dulcemente:

—El awicho te espera en la Luna, se fue en la noche y no quiso despertarte.

En ese momento y mientras abrazaba a su mamá con lágrimas en los ojos, Toti vio pasar la luciérnaga más brillante y recordó la sonrisa del awicho cuando despegaban el cohete. Imaginó que él era aquella luciérnaga despidiéndose mientras se elevaba y elevaba hasta llegar a la Luna. Allí la esperaría; allí se volverían a encontrar un día.

Desde aquí hasta el cielo

Evelyn García Huamán

Los rayos del sol colándose por las persianas me despertaron. Me levanté y miré los hermosos pinos y el cielo azul, sereno y radiante. Bajé rápidamente para tomar desayuno y encontré las maletas en la sala. Las miré confundido, no entendía por qué estaban ahí. Me encanta viajar pero hace tan solo una semana habíamos estado en Lima, visitando a la familia.

Apenas me vio mamá me abrazó muy fuerte; por un momento pensé que me quedaría sin aire.

—Mami, ¿vamos a viajar de nuevo?

—Sí, mi amor, debemos ir a ver a la abuelita Teo.

Subí a despertar a Sofi, ella me ayudaría a elegir los juguetes para el viaje. Como viajamos seguido, sabemos que debemos dormir primero porque hay muchas curvas, y ya cuando el camino se hace más llano, podemos jugar y contar cuántos carros de colores encontramos.

Algo pasaba y no sabía qué. Mamá había empacado todo a última hora, no estaban las bolsas con galletas, quesos y manjar blanco de siempre. Esto estaba muy raro.

Subimos al carro y empezó la travesía. Mamá se veía muy pensativa y papá, silencioso; no estaban emocionados como en otros viajes.

—Papi, ¿podemos comprar unas galletas cuando paremos en el grifo?

—Adrián, hijito, debemos llegar pronto a Lima —dijo y acarició la mano de mamá.

Las canciones y los juegos no existieron en el camino.

Algo que me emociona mucho de ir a Lima es cómo mi abuelita Teo prepara una fiesta cuando llegamos. Ella siempre nos espera en la puerta y en sus ojos puedo ver cuánto me extraña, digo, nos extraña. El carro no termina de detenerse y ella ya está agitando sus manos para darnos la bienvenida. Se acerca al carro, le da un beso a Sofi, y me carga y abraza por varios minutos. Así empieza el ritual de nuestra llegada a Lima.

Mi hermana y yo sabemos que estamos llegando a Lima cuando el carro avanza lentamente, el cielo celeste se vuelve gris y las bocinas de los autos suenan sin parar. Cuando pasamos por una tienda muy grande y la caseta de vigilancia, sabemos que estamos a dos cuadras de la casa de mi abuelita. Casi nos sacamos el cinturón de seguridad para que empiece la fiesta de bienvenida, pero hoy, Sofi y yo nos asomamos por la ventana y nada de verla.

Bajamos los cuatro del carro, entramos a la casa y por fin la vimos. Parecía cansada, estaba sentada en la sala, y al vernos dibujó una suave sonrisa en su rostro y nos envolvió en un fuerte abrazo.

Habíamos entrado tan rápido que no vimos a mis tíos y tías alrededor; nos miraban atónitos.

El silencio desapareció cuando mi abuelito dijo:

—Ahora que están aquí, almorcemos.

Papá subió las maletas y yo los juguetes. Mientras nos lavamos las manos y la cara, pregunté:

—¿Por qué están todos aquí papá?

—Adrián, la abuelita Teo se ha sentido muy mal últimamente. Tiene un dolor en la espalda y le cuesta mucho estar parada. Estamos aquí para cuidarla.

—Podemos moverla en una silla de ruedas, ¿qué te parece?

—Es una buena idea hijito; esperemos las recomendaciones del doctor.

Nos sentamos, almorzamos y mi abuelita no dejaba de acariciar mi cabello.

—Necesito descansar un poco —dijo e intentó ponerse de pie. Vi que le estaba costando y de inmediato me paré para ayudarla, como había dicho papá.

—¡Te acompaño abuelita! —la cogí de la mano y subimos despacio por las escaleras. Abrí la puerta de su dormitorio y la llevé a su cama.

—Mientras se abrigaba, yo le cantaba las últimas canciones que había aprendido y le contaba de Nina, nuestra mascota, que se estaba quedando con nuestra vecina.

—¿Tienes frío, abuelita?

—Un poco, mi amor.

—No te preocupes, aquí a tu lado te daré calor.

Me eché con ella y pronto llegó la noche. Con la abuelita Teo ya dormida, nos fuimos a la casa de mi abuelita Cata.

Fueron días en que veía a mamá y papá por momentos: mamá triste y silenciosa, y papá, preocupado.

Mi hermana y yo extrañábamos correr por la casa de mi abuelita Teo, ella jugaba carnavales con nosotros, cantaba y bailaba las coreografías que le enseñábamos, tomábamos helados y salíamos a pasear.

Una tarde después de almorzar, Sofi me preguntó:

—Adrián, ¿sabes por qué no estamos en casa de la abuelita Teo?

—No estoy seguro; papá me contó que no puede caminar.

—Extraño jugar con ella.

—Yo también, le dije a papá que podemos usar una silla de ruedas.

—Buena idea, ¡podemos ser sus choferes!

Esa noche decidí investigar. Estuve atento al sonido del auto, me hice el dormido y después de que mamá verificó que estuviéramos en la cama, escuché cuando papá proponía explicarnos lo que pasaba y ella le respondió que no quería causarnos esa tristeza.

Como si recién hubiera despertado, abrí la puerta y abracé a mamá. Sentí su corazón latiendo muy fuerte. Durmió conmigo; en total silencio me abrazó toda la noche. Me sentía confundido y con miedo.

A la mañana siguiente desperté muy temprano, pero mamá y papá ya no estaban.

—Sofi, ¡despierta! Parece que el dolor de espalda de la abuelita Teo está más fuerte.

—La abuelita Cata usa una crema para el dolor de espalda todas las noches —recordó Sofía y se me prendió el foquito.

—¡Esa es la solución! Vamos a buscarla.

Al rato teníamos a la abuelita Cata mirándonos sorprendida:

—¿Quién ha revoloteado mis cajones? Por algo estaban tan calladitos —dijo con una sonrisa cómplice.

—Lo siento, abu, es que estamos buscando tu crema para sanar a la abuelita Teo.

Ella guardó silencio y vimos unas lágrimas en su rostro mientras ordenábamos los cajones.

Esa misma tarde, mamá y papá llegaron y se sentaron a los pies de la cama.

—Adrián, Sofi, tenemos que contarles algo —dijo mamá con voz entrecortada.

—La abuelita Teo tenía mucho dolor y ya no está con nosotros —empezó papá.

—Pero ya encontramos una solución, tenemos una crema para curarla.

Mamá negó con la cabeza.

—Hijito, la abuelita Teo hoy se fue al cielo. Estuvimos en el velorio y mañana será el entierro.

No entendíamos muy bien qué había pasado, pero nos aferramos a los brazos de mamá y papá.

La abuelita Cata entró y nos pidió acompañarla a prender unas velitas. Luego, mientras cenábamos hicimos unos dibujos donde estábamos los dos jugando carnavales con la abuelita Teo.

Al día siguiente, mamá y papá nos recogieron. Iríamos a la casa de la abuelita Teo para despedirnos; mi hermana y yo habíamos esperado este momento.

Entramos corriendo y subimos las gradas. Papá y mamá intentaron detenernos, pero yo seguí subiendo; estaba seguro de que la encontraría en su dormitorio. Moví las cortinas y busqué debajo de la cama, pero no la encontré. Mi abuelita Teo de verdad ya no estaba. Con un fuerte abrazo nos despedimos de mis tíos y mi abuelito.

Esa tarde, el viaje de regreso fue largo, silencioso y triste. Sabía que estábamos cerca a la casa porque las curvas del camino cada vez eran más pronunciadas.

Durante noches Sofi y yo nos abrazábamos sin saber que nos consolábamos porque la abuelita Teo ya no estaría más con nosotros.

Fueron días en los que salíamos a dar paseos cortos, caminábamos y paseábamos a Nina. Ella parecía comprender nuestra tristeza.

Un día decidimos caminar un poco más, y mirando el inmenso cielo celeste le dije a mamá:

—¿Dios está en el cielo, verdad?

—Sí, hijito.

—Quiero pedirle que envíe de vuelta a mi abuelita Teo. Ya pasó mucho tiempo y seguro ya la sanó.

Mamá, en total silencio, me abrazó.

—Mi amor, la abuelita Teo ya no está aquí. Ya no podemos verla, pero sí recordarla.

—¿Recordarla?

—Sí, en cada cosa que hacíamos con ella.

—¿Cómo qué?

—Yo, por ejemplo, recuerdo que preparábamos postres juntas. Me gusta pensar que está en el cielo preparando postres riquísimos para todos allí. ¿Y tú, Adrián? ¿Qué recuerdas que hacías con ella?

—Recuerdo que corríamos por toda la casa y que me llevaba de la mano a comprar helados.

—Yo la recuerdo siempre con sus ruleros —suspiró mamá, con una sonrisa melancólica—. Y pienso en ella cada día.

—Yo no olvidaré sus abrazos —le dije, sonriendo de vuelta para animarla—. ¿Sabes qué, mami? Yo no solo pensaré en ella cada día, sino que todos los días la saludaré desde aquí hasta el cielo. ¿La saludamos juntos?

Un furibundo pie izquierdo

Jessica Bolaños Vergaray

No tengo ni la más remota idea de cómo empezar. Bueno, sí, ahora recuerdo que fue con un pelotazo en la cara y un moretón en el ojo izquierdo. Así inició mi historia como la mejor delantera de fútbol mixto. ¡Sí! ¡Fútbol mixto!

Era la hora de recreo de una mañana llena de sol. Salimos disparados a invadir el patio, listos para mover el esqueleto. Caminaba pensando en las musarañas, cuando sin el menor preaviso, un golpe seco me dejó sin aliento, haciéndome perder el equilibrio. Sentía que la cara me ardía, como la vez que me dio insolación. Se me humedecían los ojos, pero tampoco quería parecer una llorona, así que contuve las lágrimas. Escuché varias voces familiares preocupadas, entre ellas la de Alonso, mi compañero de clase.

—Ceci, Ceci… ¿estás bien? Lo siento mucho. Fue de casualidad. Se me escapó la pelota.

—¿Estás seguro de que el deporte es lo tuyo? —respondí con sarcasmo.

Esa tarde, mientras miraba los de rojos y violetas que se asentaban en mi ojo izquierdo, pensaba que detrás del pelotazo de esa mañana, la rotura del brazo izquierdo jugando baloncesto o los innumerables chinchones en la frente haciendo vóley, debía existir una señal divina. Hasta diría que estaba bajo un embrujo de torpeza, me dije.

Me gustan los deportes, pensé, echada en la cama. Me conformo con encontrar uno que no me destruya, concluí con resignación. Eso, sin mencionar que era la más bajita de la clase. Seguía perdida en mis reclamos al universo cuando sonó mi celular; el pobre Alonso, preocupado.

—Hola, Ceci. ¿Estás mejor?

—Tengo un arcoíris en el ojo izquierdo, pero sí —nos reímos.

—Acabo de regresar del fútbol. ¿Sabías que hay una convocatoria para participar en el primer Campeonato Nacional de Fútbol Mixto?

—¿Existe eso? —le pregunté, sorprendida.

—Alucina que sí. Hoy el entrenador dijo que necesitan chicas de entre 9 y 12 años.

Se me abrieron los ojos de par en par. Tengo 10 años; era mi gran oportunidad. Pero caí rápidamente en la cuenta de que mis conocimientos de fútbol eran nulos. También recordé mis desafortunados encuentros con el deporte. Entonces hice la pregunta del millón de dólares.

—¿Y las chicas tienen que saber mucho de fútbol?

—Ni idea, es un torneo importante. —Se quedó un momento en silencio, como pensando— ¿No querrás presentarte? —preguntó. Parecía ilusionado.

—Sí —le dije sin pensarlo dos veces—. Pero no tengo la más pajarita idea del fútbol. Además, soy súper bajita. ¿Crees que eso me descalifica?

—¿Has visto a Messi? —me respondió, animándome—. Es súper bajito; le dicen "la pulga", pero es el mejor de todos.

Me quedé callada. Es cierto, si le dicen "la pulga" muy alto no debe ser.

—Oye, Ceci, tú eres zurda, ¿no?

—Si, ¿por qué? —le respondí, extrañada.

—¡Pues ya está! ¡Zurda y bajita! ¡Perfecta combinación! —me contestó emocionado, y yo me quedé confundida. No pregunté más sobre el tema porque Alonso parecía saber de lo que hablaba.

Colgamos el teléfono y me quedé fantaseando sobre lo genial que sería el estar en un equipo mixto de fútbol.

La convocatoria tuvo gran éxito. El día de la presentación, un grupo de 100, entre niños y niñas estábamos allí parados, listos para iniciar las pruebas de selección para el equipo de la ciudad. Un ligero escalofrío me invadió cuando miré a mis compañeras, mi competencia, y me di cuenta de que ni de puntillas alcanzaba a la más bajita del grupo.

Nuestro entrenador se llamaba Carlos, era un exjugador de fútbol al que le gustaba enseñar.

—Chicas y chicos, ¡bienvenidos! Estoy feliz de que quieran participar en el Primer Torneo Nacional de Fútbol Mixto. Seleccionaré a los 20 mejores, entre niñas y niños. Les recomiendo comer menos dulces, tomar menos gaseosas y

dormir temprano para estar en forma. Se trata de moverse, compartir y sentirse bien. No tiene que ver con jugar perfecto o solo ganar. ¡Buena suerte!

—¿No solo ganar? —me dije—. ¿Cómo puedo quedar entre los 20, si no juego bien? Había algo que no me cuadraba. No quería quedarme fuera y tampoco en el banquillo.

Las semanas siguientes pasaron volando: levantarse, ir al cole, hacer las tareas, entrenar. Levantarse, ir al cole, hacer las tareas, entrenar. Me despertaba más temprano de lo habitual. Hubiese querido estar cinco minutitos más en la cama, pero tenía muchas cosas que hacer.

Al inicio me sentía como una foca de circo haciendo acrobacias. Me resultaba difícil responder a los pases y apenas podía retener el balón.

—Todo esto es de otra galaxia —me decía desconsolada.

Era muy rápida en los ejercicios de velocidad. Pero eso no bastaba. Así que además de los entrenamientos, también aprendía mucho con Alonso: cuando tengas que marcar, ponte delante del

jugador; mira siempre a la cara a los jugadores, no están acostumbrados a eso, y sobre todo, Ceci, aunque estés cansada, no te pongas los brazos en la cintura, que es una pésima señal.

Nunca olvidaré cuando mencionaron mi nombre en el grupo de los 20 seleccionados. No cabía en mí de la alegría. Ya no era la torpe de los chinchones o la que se rompía el brazo. Había ganado en fuerza y coordinación. Lograba controlar la pelota haciendo taquitos y hasta paradas con el pecho.

Pero lo mejor de todo era ser parte de un equipo que participaba en la primera Copa de Fútbol Mixto Nacional. ¡Era lo mejor que me había sucedido nunca!

—Chicos y chicas, ahora empezamos a divertirnos. —Fueron las palabras del entrenador—. Tenemos delante una primera fase de 4 grupos con 4 equipos cada uno y solo clasifican dos. Si trabajamos bien, podemos pasar a la siguiente la fase.

Una mano en la mandíbula. Un rápido cálculo. Somos 16. Tampoco tantos, pensé.

Los partidos se sucedieron con poca suerte: jugamos como nunca y perdíamos como siempre. Además, mi emoción inicial por ser parte del equipo se esfumó al encontrarme siempre en el banquillo. Varios de mis compañeros tenían apodos: Carla "la alta", Nicol "mete gol", Salvador "el cabeceador", Alonso "el rápido", Héctor "el fuerte", Teresa, la "atleta" y Alberto "el bailador. Como yo no jugaba, aún no tenia el mío.

Nos quedaba el último encuentro, el que definía nuestro pase a la segunda fase. Íbamos 2 a 2 y teníamos que ganar. Cruzábamos los dedos esperando un milagro que se desvaneció cuando nuestra mejor jugadora, Nicol "mete gol", se dobló el tobillo. La expresión de dolor en su cara no presagiaba nada bueno.

Se dio un silencio generalizado en nuestra banca.

Miradas de alarma y la voz decidida del entrenador:

—Ceci, vas tú.

Entré al campo como hipnotizada.

Una palmada de Alonso y un "Dale, zurda" me sacaron de mi desconcierto.

Debíamos remontar, pero corríamos por todo el campo sin lograr nada.

Minuto 85. Un robo de balón de Alonso, un vuelo de piernas de Héctor, un cabezazo de Salvador y en una fracción de segundo, tenía el balón en mi pie izquierdo.

—¡Quítenle la pelota a esa petisa! —escuché que el mediocampista del otro equipo gritaba.

Me puse colorada de la rabia, pisé la pelota y arranque por la derecha. Una jugadora del equipo contrario iba detrás de mí. Corrí aún más rápido y me desmarqué. Una menos. Se me plantaron dos en frente. Encontré un espacio entre ambos y también me los saqué de encima. La defensa me esperaba. Giré hacia la izquierda, luego la derecha. Zig, zag. Fui quedándome sola. La enorme portera vino hacia mí. Vi un pequeño ángulo y utilizando el pie que mejor respondía a mis mandatos, pateé con toda mi fuerza hacia el arco. ¡Por favor, entra!,

pensé. Un disparo fulminante sacudió la red. Me quedé como estatua mientras mis compañeros se abalanzaban gritando mi nombre.

En ese momento me gané la titularidad como delantera y también el apodo de Ceci "la zurda". ¡Habíamos llegado a Cuartos de Final!

Para los partidos que nos quedaban, creamos nuestro lema: "Ningún jugador es tan bueno como todos juntos". Y era verdad. Entre la rapidez de Alonso, la altura de Carla, que hacía invencible nuestra defensa, la fuerza de Héctor para neutralizar a los rivales, los goles de cabeza de Salvador, la recuperación de la pelota de Teresa, los bailes de Alberto, la imparable Nicol y mi infaltable pie izquierdo, hicimos un equipazo.

Llegó el día de la gran final. Algarabía en el estadio. Gradas abarrotadas. Euforia colectiva. Pica, pica. Diluvio de matracas, voces y cánticos.

Habíamos llegado hasta allí con un sinfín de pases, cabezazos, taquitos y atajadas. Algunas veces fracasamos goles cantados y en otras, hicimos goleadas espectaculares. Miraba con orgullo algunos moretones en mis piernas.

—Recuerden. Esto solo es un juego —dijo el entrenador cuando entrábamos a la cancha.

Hicimos un círculo. Nos abrazamos. Manos heladas. Piel de gallina. Un grito a todo pulmón. Lo dejaremos todo en la cancha.

Era lo más bonito que había visto en mi vida. Dorada como el sol. Toda de metal. Un balón con cuadraditos blancos y negros en la parte superior. Una niña y un niño con sus trajes deportivos la sostienen. Grabado en la parte inferior una palabra mágica: Campeones.

El pegaso que no podía ser poni

Lupe Jara

No quiero ir al colegio. Mis patas se niegan a llevarme hasta allá y me duele la panza. Lo peor es encontrarme con Roque; él era mi mejor amigo hasta que le gané la carrera. Ahora siempre me mira con enfado.

Prefiero estar solo, quedarme en casa y leer mis cuentos. O correr por el campo, ir muy lejos, donde nadie pueda verme volar y dibujar laberintos con mi recorrido. Me encanta jugar en el cielo y saltar de nube en nube, atravesar las más grandes y, si tengo suerte, deslizarme por un arcoíris.

Sin embargo, luego de la carrera intenté ser como todos los demás.

Me propuse trotar como cualquier poni y evitar elevarme para no llamar la atención. Es difícil. Muchas veces no lo consigo. El aire hace cosquillas a mis alas, se abren y me hacen volar por encima de los árboles. No puedo evitarlo, soy un pegaso. Antes era divertido mirar desde arriba toda la ciudad. Ahora ya no. Veo a los ponis que juegan allá

abajo y desearía estar con ellos. Encontrar un juego que nos guste a todos. Un juego donde mis alas no molesten a nadie.

Me gustan mis alas. Estoy orgulloso de ellas. Al comienzo a mis compañeros les causaban admiración; tanto que me eligieron para portar la bandera de la clase en el desfile por el Día Nacional de los Ponis. La profesora estaba orgullosa de nosotros, aunque tenía clavada su sonrisa en mí y solo en mí.

Todos se dieron cuenta, y ese día las cosas cambiaron.

El director del otro colegio protestó formalmente. Dijo que mi presencia en el desfile había deslucido la participación de sus estudiantes. También reclamó porque sus ponis se habían sentido avergonzados al darse cuenta de que no tenían alas.

Pero eso no fue lo peor.

Los padres de mis compañeros comenzaron a murmurar entre ellos que sus ponis se sentían tristes por mi culpa. Poco a poco dejaron de invitarme a las fiestas de cumpleaños, y en los recreos,

mis amigos empezaron a quejarse porque con mis alas podía ir más rápido que ellos, y me reclamaban que era injusto.

El único amigo que me quedaba era Roque, pero herí sus sentimientos, porque hasta que yo llegué al colegio, él era el poni más rápido de la clase.

—Siempre gano todas las competencias —me dijo el día que nos conocimos.

—¡Te felicito! —le contesté, y mi ala derecha palmoteó con alegría su cabeza.

—Mis padres están muy orgullosos de las medallas que he ganado.

—¡Yo también te admiro! —le respondí a mi nuevo amigo.

Ambos simpatizamos y, como vivimos cerca, acordamos ir juntos al colegio. En el camino me contaba cómo se estaba preparando para ganar la gran carrera escolar. Todos los días se despertaba muy temprano para entrenar y mejorar sus tiempos. Ese año, el colegio ofrecía al ganador de la carrera un paseo al parque de diversiones: el sueño de todos los ponis.

—Hoy día en la carrera voy a romper mi propio récord.

—¿Hoy es el día de la carrera? —pregunté sorprendido.

—¡Sí! No me digas que no te has preparado.

—No —me encogí de hombros— es que me distraje jugando.

A la hora de la partida, sin proponérmelo y sin realizar mayor esfuerzo, llegué primero. Se hizo un silencio. Ninguno de los ponis vino a felicitarme y los padres de Roque me acusaron de hacer trampa. Igual me dieron el premio porque no había reglas contra mi participación. Cuando fui al parque de diversiones no pude pasarlo bien; no paraba de pensar en el llanto de mi amigo Roque al final de la carrera.

El problema es que yo no lo hago a propósito.

Simplemente mis alas despiertan a la menor emoción. Por ejemplo, cuando mi profesora me sonríe, ellas me llevan desde donde estoy hasta su lado para que acaricie mis crines. Cuando un poni me

molesta, mis alas se abren puntiagudas y le pican los ojos al odioso. Hace poco mi profesora me atrapó en ese momento, me miró con tristeza, se acercó y me dijo al oído «no me decepciones».

Desde entonces trato de controlar mis alas.

Me fuerzo a pegarlas al cuerpo, sobre todo cuando corro al lado de mis compañeros. A veces hago trampa. Salgo después que ellos y les doy tiempo para adelantarse, pero aun así, apenas empiezo a trotar mis alas se sueltan y gano de nuevo.

También he intentado ocultarlas.

Una vez corté la falda del vestido de bodas de mi mamá para hacerme una capa y esconder mis alas debajo de ella, pero los ponis se burlaron: «¡ahora te crees un súper héroe!», me repetían riendo. Y al volver a casa, en vez de encontrar consuelo, recibí un gran castigo por lo que había hecho. Sin embargo, lo más triste no fue el anuncio de mi padre de perder ese año mi regalo de cumpleaños, sino ver a mi mamá llorando con su vestido roto en las manos.

Ahora ya no intento nada. En los recreos prefiero ir a la biblioteca. Las historias que ahí se cuentan me hacen volar muy lejos. Hoy, al cruzar la puerta, una voz me sacó de mis pensamientos:

—¡Me encantan tus alas! — me dijo una unicornio que estaba leyendo un libro.

—¡Tu cuerno es único! —le respondí, tratando de no quedarme atrás.

—¡Yo soy única! —afirmó con una gran sonrisa, antes de continuar en lo suyo.

Me quedé observándola y me pregunté cómo así no la había visto antes. ¿Será de otro salón? ¿Estará de visita en el colegio? ¿Quién es?

Estaba a punto de ir a presentarme y preguntarle su nombre, pero en ese momento sonó el timbre anunciando el fin del recreo antes de tiempo. ¡Qué raro!, me dije y empecé a recoger mis cosas. La unicornio dejó su libro, y al ver que no le quitaba los ojos de encima, como entendiéndome, me miró:

—No es fácil ser única. A los demás parece molestarles que seamos diferentes —dijo y enseguida se colocó una boina azul para cubrir su cuerno.

¡Con razón no me había dado cuenta de que había una unicornio en el colegio! ¡Cómo me gustaría haberle dicho que su cuerno es hermoso!

Afuera todos estaban muy alborotados y asustados.

En el recreo, los ponis se habían ido a jugar al río. Uno de ellos pisó en falso y cayó al agua. Era Roque. La corriente se lo estaba llevando, y a cada segundo se alejaba más y más de nosotros. Pronto no podríamos rescatarlo. La directora y los profesores habían sacado unas cuerdas y se las lanzaban para que él las cogiera, pero era en vano.

Yo estaba muy lejos.

Llevaba un tiempo tratando de no llamar la atención, pero la emoción empezó a crecer en mi pecho, mis alas se liberaron y me llevaron por el aire hacia los rescatistas. Cogí la soga fuertemente con los dientes y volé veloz hacia Roque. Todos íbamos en la misma dirección, pero yo iba

más rápido. Cuando estuve sobre su cabeza le lancé la cuerda y afortunadamente pudo agarrarla con su hocico. Unos minutos más tarde, los profesores lograron sacarlo.

Todos pasamos de las lágrimas de miedo a las lágrimas de alegría. Roque estaba exhausto, pero vivo. Los ponis lo rodeaban aliviados y lamían su cabeza y su lomo.

A lo lejos, la unicornio volteó a mirarme, cogió su boina azul y la levantó hacia mí, como diciéndome que ya no la necesitaba, y la lanzó al río. Nunca más volvería a ocultar su cuerno, así como yo nunca más ocultaría mis alas. Feliz, las extendí gigantescas y dejé que me llevaran, por fin, a jugar en el cielo.

Vale entre olas y montañas

@Mariavictoriawrites

Cambio de planes

Era el momento de decidir; la idea loca de Valeria podría convertirse en una realidad si al menos se atrevía a intentarlo. Era domingo y ahí estaban todos reunidos: mamá, papá, sus hermanos, sus tíos, sus primos. Todos participando de la conversación de todos. Entre risas y alguna historia vieja, Valeria se arma de valor y dice:

—Mamá, papá… este verano quisiera hacer algo diferente —dijo calmadamente, algo inusual para ella.

Todos pasaron instantáneamente a mirarla; era la primera vez que hacía un anuncio de este tipo. Valeria (o Vale, como le decían sus amig@s), era mucho de estar en su propia onda… muy lejos del mundo aburrido de los adultos. Su onda, con sus cosas y sus propias reglas. Más allá de ser una niña de 16 años, era una niña con mucha intriga y unas preguntas que nadie entendía de donde salían.

—¿Qué sería eso que quieres hacer? —preguntó su mamá, que le celebraba todo. Mientras más disparatada era la idea, más interesada la tendrías. De hecho, esta sería una de las razones por las cuales mamá y papá discutían a veces.

—Quisiera cambiar mi intercambio a California para ir a otro lado —informó a la audiencia.

Silencio y caras de confusión invaden la sala.

—Te volviste loca, monita, ¿o qué? —le cuestionó Rodrigo, su hermano mayor.

—Déjala hablar —dice su hermana, otra confidente y promotora de sus locuras.

—Y entonces, ¿qué es lo que quieres hacer? —preguntó su papá con sus cejas gruesas fruncidas.

—Quiero ir a la Patagonia, a visitar a mi abuela —respondió, sintiendo fuego por dentro mientras cada palabra queda por siempre en esa sala donde miles de opiniones estarían naciendo en cuanto terminará la última sílaba de la palabra "abuela".

21 de Julio

Después de muchas idas y vueltas, se tomó la decisión de dejar a Vale viajar a ver a su abuela a la Patagonia, Argentina. Era extraño para todos verla decirle "hasta pronto" a la posibilidad de escaparse del frío que le tocaba vivir al hemisferio sur y despedirse de todas esas nuevas olas que podría conocer en la costa de California.

Nada de esto importaba para ella porque en realidad eso de ir a ver a su abuela era más una excusa, o mejor dicho, era el medio para cumplir su meta. Ella quería ir adonde la naturaleza había escondido uno de sus secretos: quería ir conocer esa emblemática guardería de naturaleza viva que era la Patagonia y entender qué tenía que ver con ella.

Así que deshizo su maleta donde llevaba un verano completo y la reemplazó por casacas, gorros, chompas, botas. Se tatuó en la mente la fecha de salida de su nueva improvisada aventura a la Patagonia.

—21 de julio, 21 de julio, 21 de julio… —se repetía a sí misma cada noche antes de dormir, y casi sin darse cuenta, un día despertó y finalmente era la fecha tan esperada.

Medias lunas y un secreto

Después de un avión, dos buses y un colectivo, llegó a El Calafate, donde su abuela la estaría esperando en una camioneta que Vale estaba segura de que se caería a pedazos.

La abuela Isa era y sería por siempre una heroína para ella. A sus 68 años, había conocido una vez más el amor y esta vez el autor sería Guido, un argentino que encantaba a cualquiera con sus chistes y habilidades para la cocina. Enamoró a la abuela Isa retándola a bailar tango, y ahora los dos vivían en una cabaña en medio de la nada, en un pueblo al sur de Argentina llamado El Calafate.

Valeria acomodó sus cosas, apenas había abierto las cartas que sus amigas le habían mandado para el viaje a California, viaje que había cambiado por pasar unos días de frío abrazada por las montañas de La Patagonia y por el infinito amor de su abuela Isa. Habiendo llegado a las siete de la noche, decidió dormirse sin comer.

Al día siguiente la esperaba una mesa de medias lunas, huevos revueltos y el mate infaltable de Guido en la mesa.

—¿Querés probar? —preguntó Guido a Vale, mirando de reojo la reacción de su abuela.

—No, gracias —respondió Valeria rápidamente.

—¿Te da miedo? —devolvió Guido.

—No, miedo es lo que me da cuando entro al agua a correr olas si el viento está muy fuerte. Una taza de hierbas no me da miedo, simplemente no me provoca —terminó Vale con esa forma picante de hablar que a veces la caracterizaba.

—Mi nieta, siempre tan delicada para responder —dijo su Abuela Isa entre risas.

Guido sugirió que las dos fueran a pasear y que él se encargaría de tenerles el almuerzo listo para cuando volvieran. Aunque no lo dijo, Vale y su abuela ya sabían lo que les esperaría para esa hora: asado.

—Vamos, te prometo un secreto —la invitó la Abuela Isa y Vale aceptó sin pensarlo dos veces.

Esto

Ahí estaban la abuela Isa y Vale. Dos almas gemelas separadas por unas cuantas décadas y con el espíritu aventurero igual de intacto.

Llegaron al medio de un prado colorido.

—Respira —le dijo su abuela con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

—Eso estoy haciendo —respondió Vale un poco fastidiada.

—No, respira de verdad —insistió la abuela Isa y le puso la mano en los hombros.

Fijó sus ojos profundos en Vale, le sonrío y le dijo:

— Mira. ¿Ya viste? Mira los encendidos azules de ese lago. ¿Y ves ahí? Mira como corren esos caballos y como el sol juega entre los pelos de sus largas colas. Seguro que aún ni notaste los copos de esos árboles alborotados"

Vale sin darse cuenta, sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas. De pronto lo podía ver todo a la vez.

—¿Por eso te viniste aquí, no abuela? Digo, ¿para qué vivir en una ciudad horrible cuando puedes vivir aquí? —preguntó Vale casi afirmando.

—No, Vale. Yo vine aquí por amor. Pero para ti, este viaje es diferente. Tú viniste por algo más, de hecho… ¿Para qué viniste, gordita? —le devolvió la pregunta su abuela.

—Quería ver… esto. Te quería ver a ti también y a la vez quería ver todo esto y saber cómo ayudo— se sinceró Vale con la voz entrecortada.

—¿Ayudas en qué? ¿A qué te refieres? –preguntó la abuela Isa intrigada.

—Veo las noticias, documentales, todo. Todo nos grita que el mundo no da más, que la naturaleza está pidiendo a gritos nuestra ayuda y yo más allá de reconocerlo, no sé como ayudar.

—Ah ya veo, entonces viniste por "eso".

—¿Qué es "eso"? –preguntó Vale intrigada.

—Viniste a ver, a ver de qué nos perdemos si no paramos de hacer las cosas como las estamos haciendo.

—Quiero ayudar, abuela. Quiero que todos se den cuenta de que las montañas, océanos, animales, árboles… todos necesitan de nosotros.

—Ya lo estas haciendo, Vale – respondió la abuela Isa en total paz.

—¿A qué te refieres? Sino estoy haciendo nada – dijo Vale casi rendida

—Estando aquí, escuchando… es cómo empiezas a ayudar— dijo la abuela, confirmando lo que Vale ya había intuido desde que puso pie en el final del continente.

— Todo empieza así, estando presentes. De ahí, queda confiar en como la vida acomoda las piezas. Estate tranquila y confía en el universo, que ya te irá revelando por donde va el camino — terminó de decir su abuela mientras le daba suaves cariños a Vale en la espalda.

Confiar. A Vale le tocaba vivir en quietud por un momento o por el tiempo que tomara. Un momento de quietud donde esperaría con el corazón lleno de esperanza. Esperanza por ser una de esas personas que viven para custodiar la vida de la naturaleza.

Esto era lo que vino a buscar, esta sensación de estar empezando la verdadera aventura pronto. Este regalo se lo había dado las montañas de la Patagonia y nunca lo olvidaría.

El fin.

Miles de huevos vuelan sobre mi cabeza

Maritza Valenzuela Macedo

Pollito ya no recordaba sus primeros meses de vida, ni qué decir del momento en que nació. A sus temblorosos pasitos le sucedieron pisadas más seguras, y cada vez piaba mejor.

Se volvió un pollito muy curioso y preguntón, no se parecía en nada a los demás pollos del corral, a quienes solo les importaba andar picoteando el trigo por aquí y por allá.

—Mami —le decía a su madre—, ¿de dónde venimos los pollitos?

—Papi, ¿por qué el pasto es verde?

—Mami, ¿por qué sale el sol todos los días y dónde duerme cuando se hace de noche?

—Papi, ¿por qué no puedo ver el viento?

Todo era, "por qué" y "por qué", y sus padres nunca le contestaban "porque sí" o "porque no", sino que le daban lo que él buscaba: respuestas.

Pero las preguntas eran tantas, que las respuestas lo fueron también, y a cada respuesta aparecía una nueva pregunta.

Así es como Pollito, de tanto preguntar una noche, llegó hasta el espacio.

—Entonces, ¿cómo se formaron los planetas, papá? —preguntó Pollito, mientras su padre le acariciaba la cabeza en la cama, esperando a que se durmiera.

—Verás —le contestó, con la mirada puesta en él— hace miles de millones de años hubo una gran explosión en el espacio. De esa explosión se formaron los planetas, nuestro planeta Tierra, el Sol, las estrellas y todo lo que hay en el universo.

Pollito, que nunca había llegado tan lejos con sus preguntas, saltó de la cama y fue corriendo a la ventana.

—Papá, ¿esas estrellas que hay ahora en el cielo son de esa explosión? —le preguntó emocionado y su padre asintió con una sonrisa.

Esa noche, Pollito casi no pudo dormir; se la pasó imaginando grandes explosiones de estrellas en el cielo y los siguientes días anduvo pensativo. Le gustaba imaginar que el corral era el universo; que su padre era el Sol, y él, la Tierra. Pollito a menudo entraba en su órbita y correteaba alrededor de su padre.

Una mañana muy temprano, con los primeros rayos del Sol, un ligero crepitar fuera del corral despertó a Pollito. Salió sin hacer ruido porque aún dormían todos, se acercó de puntillas y lo que vio fue revelador. Había caído desde la copa de un árbol un nido con huevos de colibrí.

Pollito se acercó y alcanzó a ver cómo los pequeñísimos huevos se abrían. Estaba realmente sorprendido, pero no por el nacimiento de estos bebés colibrís −porque él había visto antes cómo nacían los pollitos−, sino por el tamaño de los huevos. Nunca había visto huevos tan pequeños; solo conocía los de las señoras gallinas.

Pollito pensó entonces que, si era posible el tamaño de estos huevos, probablemente los habría más pequeños aún, y por qué no, mucho más grandes que los de las gallinas también.

Corrió al corral a buscar a su padre para contarle lo que había visto. Él se rio al ver la cara de sorpresa de Pollito y le mostró un viejo libro que decía: "¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?". En este libro pudo ver que huevos los había de todos los tamaños, colores y hasta formas. Incluso retrocedió en el tiempo cuando vio la fotografía de un huevo de dinosaurio.

Desde ese día, y con la ayuda de unos lentes que él mismo se fabricó para no perder de vista ni el huevo más pequeño, se dedicó a buscar huevos dentro y fuera del corral. Encontró huevos de hormigas, huevos de abejas, huevos de lagartijas, huevos de ranas… huevos por todas partes.
No había más; ¡el huevo era el inicio de todo! Es más, él iría más lejos todavía: ¿primero el huevo o el universo?

Reunió a todos los gallos, gallinas y pollos del corral, y subido en una paca de paja, les dijo:

—La curiosidad me ha llevado muy lejos, la libertad de preguntar y preguntar ha hecho posible un gran descubrimiento, ¡y escúchenlo bien!

> "En el principio solo era un gran huevo el universo. Creció tanto, tanto, que ya no podía crecer más y reventó, ¡explotó! Y salieron miles de millones de huevos por todo el espacio: así se crearon los planetas. Los planetas son huevos que giran alrededor de estrellas como el Sol. Y las estrellas son huevos también, ¡pero son huevos brillantes! Por eso les digo que el huevo es el inicio de la vida. ¡Que viva el huevo!"

¡Hurra!, ¡hurra!, ¡que viva el huevo!, gritaron todas las aves del corral. Desde los panales de abejas en los árboles se desprendieron serpentinas; por las piedras se acercaron las lagartijas tocando silbatos. Las hormigas, moviendo la cintura, desfilaron con matracas y los sapos y las ranas llegaron desde los riachuelos saltando de alegría, porque ellos venían de los huevos, y los huevos eran todo, todo en el universo. Ellos eran el universo.

Mi gran viaje con Sami

Mary Luz Henao Navarro

Lo que uno ama en la infancia se queda en el corazón para siempre.
(Jean-Jacques Rousseau)

Desperté de pronto y me levanté de un tirón, sintiendo un ligero cosquilleo en la barriga. Estaba descalza y no vestía más que mi pijama. Desde la otra punta del pasillo llegaban sonidos que parecían venir del cuarto del jardín.

Después de unos segundos vi una luz y corrí a mi cama. No había corrido tan rápido en toda mi vida. El corazón me ardía en el pecho con tal fuerza que no podía respirar.

Aquella noche fue larga. El crujir de las ventanas y la fuerte lluvia no me dejaban cerrar los ojos. Las sombras que se reflejaban en la pared me daban miedo y me recordaron los misteriosos sucesos de los últimos días. Miraba a Sami, que dormía a mi lado. Hasta que un rayo muy fuerte la despertó.

—Tengo miedo, Asiri. Por favor, abrázame.

—Ya sabes que es la lluvia. No tengas miedo. Yo estoy aquí.

—No es solo la lluvia, tengo sueños horribles y siento que algo malo me va a pasar.

Su cuerpo temblaba de tal manera que me pareció exagerado. Al mirarla con detenimiento, entendí por qué le temía tanto a la lluvia.

—Vamos, Sami, juguemos un rato mientras pasa la lluvia. Trae tus cosas, pero no hagas ruido. No queremos despertarla.

Sami buscaba algo para jugar y me hablaba con voz muy baja:

—Asiri, no encuentro mis sombreros, mis vestidos, mis zapatos. ¿Los has visto?

—¿No están en tu ropero rosa? Siempre están ahí.

—No, todo ha desaparecido.

—¡Qué raro! Hace un rato escuché ruidos y vi luces en el cuarto del jardín. Además, también he notado que me faltan cosas: mi abrigo lila, mis zapatillas, mi coche de muñecas…

—Vamos a buscar, Asiri. Tienen que estar en algún lado.

Miré a Sami, recordando el día en que había vuelto a mi cuarto después de estar perdida por varios días. Estaba tan sucia y se la veía tan triste que parecía que nadie se había preocupado por ella.

Mi habitación era solo una de las muchas que había en la vieja casa familiar que guardaba secretos y objetos de varias generaciones. Y pensar en llegar hasta aquel cuarto me hacía temblar.

—Mmm, sí, tenemos que buscar en ese cuarto, Sami, aunque ella nos tiene prohibido entrar.

—Es verdad y si se entera puede desaparecerme. Además, desde que no encuentro mis cosas, tengo un horrible presentimiento.

La curiosidad pudo más que nuestros miedos y empezamos a deslizarnos poco a poco por la

escalera. Las ventanas temblaban por la lluvia que no paraba. Bajamos sin hacer ruido, incluso tocando de puntitas la hierba fría y mojada del jardín hasta alcanzar la puerta del cuarto prohibido.

Todo se veía borroso en medio de la noche. Lentamente empezamos a ver las cosas con más claridad y la habitación apareció con todo detalle ante nuestros ojos. Estaba llena de cuadros, relojes, todo tipo de cosas viejas, juguetes y artefactos polvorientos. Sami se quedó inmóvil, con la vista clavada en un lugar.

—No entiendo nada. Todo me parece conocido. Es como si antes hubiera estado en este cuarto, y aquí están mis sombreros, mi ropa, mis cosas.

—¿Todas tus cosas, Sami?

—Sí —me respondió y fue a buscar una en especial—. Mira este sombrero, ¿verdad que es muy lindo?

Sami me hablaba feliz. Sus hermosos ojos como dos piedritas brillantes recorrían con alegría sus cosas.

Cuando terminamos de jugar con el sombrero, salimos rápidamente con miedo a que ella nos descubriera. Hacía frío y al cruzar el jardín una espesa niebla flotaba sobre el suelo, que seguía mojado por la lluvia.

—Vamos, Sami. Tenemos que volver a la cama antes de que amanezca y mamá vaya a buscarnos para el desayuno.

—¿Y mis cosas?

—Luego vendremos por ellas. Buscaremos el mejor momento para hacerlo.

Lentos y fuertes pasos sonaron desde el vestíbulo. La puerta de la habitación se abrió, mamá asomó la cabeza y una mueca se dibujó en su cara.

—¿Otra vez Sami acá?

—Sí, mamá.

—No demoren —suspiró—. El desayuno ya está listo.

Mientras comíamos, mamá estuvo inquieta y preguntona.

—Asiri, ¿has hecho algo que yo deba saber?

—No, mamá, ¿cómo crees? —contesté mientras sentía que mis mejillas ardían y pronto me quemaría por dentro.

—Sami, tú sabes algo y me lo vas a decir en este momento. No me gusta que tengan secretos.

Sami se quedó callada, petrificada, mientras yo imaginaba la potente luz de un reflector deslizándose por la ventana y apuntándole directamente.

Sentía las tripas revueltas de tanto comer y de escuchar las preguntas de mamá. Pensaba que podría descubrir nuestros planes secretos.

Estaba tan cansada después de todo lo que habíamos hecho durante la noche, que caí rendida sobre la mesa. No fue más que una cabeceadita, pero cuando desperté, alguien me había llevado hasta mi cama. Quizá ya habían pasado varias horas, sentí que había dormido una eternidad. El sonido de la lluvia y de los aviones que dejaban

sus estelas en el cielo de la ciudad a lo lejos me trajeron a la memoria la historia de la tía Rohl sobre su viaje en globo.

—¡¡Sami!! ¡¡Sami!! ¿Escuchas los aviones? Debe ser lindo mirar la ciudad desde arriba. La tía Rohl siempre nos contaba cuando viajó en un luminoso globo de colores. Fue un regalo del esposo para celebrar su cumpleaños número cincuenta.

—¿En serio, Asiri? ¿Viste que en el cuarto prohibido había un globo de colores?

—¿Un globo de colores, dices?

—Sí, allí estaba, en medio de la habitación.

—Seguro era el de la tía Rohl. Tengo una idea para recuperar tus cosas.

Me quedé planeando la manera de regresar al cuarto, recuperar las cosas de Sami y quizá pasear en el globo. Y llegó el día para poner en práctica el plan.

—Vamos, Sami. Iremos por tus cosas.

—¿En serio vamos a volver?

—Sí, vamos ya, antes de que me arrepienta.

—¿Y si ella nos ve?

Bajamos lentamente las escaleras hacia el jardín. Las ventanas temblaban por la lluvia que no quería irse y entramos dando brincos en la habitación. El camino al cuarto prohibido nos pareció larguísimo. Sami temblaba de miedo y miraba fijamente sus pies empapados por la lluvia. Llevábamos una mochila para guardar las cosas perdidas. Yo miraba a mi alrededor bastante sorprendida al descubrir algunos de los objetos que ocupaban el lugar: mi abrigo lila que, aunque ya me quedaba chico, era mi preferido; los sombreros, vestidos y zapatos de Sami, un poco viejos y gastados; mi coche de muñecas que estaba roto, pero que yo quería reparar; y mi cucharita de postre de cuando era más chiquita. Al mirar las bolsas negras que mamá usaba para tirar la basura cuando hacía limpieza en la casa, se me erizó la piel, pues comprendí que los presentimientos de Sami pronto se harían realidad. Ella era la próxima en la lista de mamá.

—Vamos, Sami. No permitiré que te aparten otra vez de mí. Sube todo a la canasta del globo de la tía Rohl. Hoy veremos la ciudad desde el cielo.

Trepamos a la canasta de un salto. Mi corazón latía con fuerza mientras oía a mamá acercándose.

Subimos y subimos hacia el cielo. Yo abrazaba a Sami, mi hermosa muñeca de trapo, mirando cómo nuestra casa, nuestra calle y nuestra ciudad se hacían cada vez más pequeñas. Todo era un retazo perdido en la distancia, la lluvia parecía ahora acariciar nuestras caras y las estrellas giraban hacia nosotras formando un hermoso pájaro de alas transparentes.

Dos ángeles y un misterio

Rob Escobar

Cítal apretó sus alas, se atravesó el morral y fue a pedir ayote en miel. Ese Día de la Calaviuza, en ninguna casa tenían. Aquel primero de noviembre, el ayote había desaparecido en toda Tonacatepeque.

Esa noche, Cipipitío abrazaba a su madre frente a la iglesia. Cerraba sus ojos cuando aparecían los personajes mitológicos temibles y los abría al paso de sus favoritos. Su preferido era un duende barrigón, el Cipitío, que llevaba un gran sombrero y tenía los pies hacia atrás. Así iba él disfrazado hoy.

En un momento de ojos cerrados, Cipipitío sintió unas manos recorriendo su espalda. Su corazón latía fuerte, como el sonido del tambor. Era su prima Cítal.

—¡Te asusté! —Lo abrazó, entre carcajadas.

—¡Casi me-me da un patatús! —le reprochó.

—¡Solo bromeo! Mejor vení —lo soltó de su madre y le contó que se había adelantado a la pedigüeña, pero el ayote había desaparecido sin dejar ni huella de miel. Quería ir a descubrir qué había pasado con el ayote del pueblo.

—Pero sabes que yo soy miedoso. No creo que te pueda ayudar mucho.

—No lo olvido. El año pasado también vestiste de Cipitío. Al presentarte en el escenario dijiste "soy el Cipi-pi-tío" —se rió de buena gana—. Vamos, busquemos el ayote en miel o este será el más insípido Día de la Calaviuza.

—No puedo —le insistió. Afligido, comenzó a sentir su corazón pesado como una bola de barro.

—Entonces, medio mundo sabrá de tu miedo y la otra mitad lo imaginará —sentenció Cítal.

Del morral, más largo que su corto pantalón, Cítal sacó dos espadas de madera y un teléfono.

—A mi hermano le dieron otro en su trabajo. Me dio este. Traje espadas para enfrentarnos a otro bando al final de la pedigüeña y ganarles sus ayotes recolectados. Al parecer, hoy no servirán para eso. Toma una.

—Tengo miedo, pero amo la aventura —reflexionó en voz alta—. Le diré a mi mami que vamos a comer pupusas.

Caminando, en busca de pistas, encontraron el desfile de carretas chillonas con antorchas, hombres encadenados, pintados de esqueletos; siguanabas con chiches de tela hasta las rodillas, niños disfrazados de Cipitío, niñas disfrazadas que gritaban como La Llorona, el Justo Juez, el Gritón de medianoche… Todos bailaban al son de silbatos y tambores.

No vieron ángeles como de costumbre.

Al ver al Padre sin cabeza en el desfile, a Cipipitío le dio tanto miedo que sintió frágil su cuerpo, como de barro seco. No pudo más y cayó al suelo.

Cuando Cítal apartaba a los curiosos apareció un perro blanco, de orejas puntiagudas y con un círculo oscuro alrededor de uno de sus ojos rojizos. Se acercó a Cipipitío y le lambió el rostro con una lengua roja, despertándolo. Cítal le ayudó a levantarse.

—Peluso me salvó. ¡Pero si mi perro murió hace un año! ¡Es increíble!

—¡Parece tu Peluso! —confirmó Cítal.

Lo acariciaron y le dieron una pupusa, pero Peluso no comió.

—¡Vamos, Peluso! —dijo Cítal.

A cada casa llegaban con sus calaviuzas, esos morros con agujeros en forma de calavera con una vela adentro, cantando "Ángeles somos / del cielo venimos / ayote pedimos / para nuestro camino mino mino".

En cada lugar, Cipipitío escuchó que temprano llegaron muchos niños vestidos de ángeles y se llevaron todo el ayote, mientras Cítal buscaba pistas

y escribía en su teléfono cualquier situación sospechosa. Peluso aulló cuando, olfateando el piso, encontró rastros de polvo en un par de viviendas.

—El bicarbonato lo ocupa cualquiera —concluyó Cítal al probar el polvo—. Mi mami me lo da con limón cuando me duele el estómago. Sentados, a punto de abandonar la búsqueda, Cítal buscó ayuda en el teléfono y encontró una aplicación llamada MalacatApp.

—¡Me recuerda a malacates! Ladrones, como les decimos acá —dijo Cipipitío, colocándose a su lado para ver cómo funcionaba.

Vieron un mapa del pueblo con muchos puntos rojos. Con MalacatApp la policía buscaba maleantes. El hermano de Cítal había olvidado borrarla del teléfono.

—Con tantas personas aquí, habrá muchos malacates —especuló Cipipitío.

—Espera… estos puntos se mueven por todo el pueblo, pero estos otros, sólo por acá, donde hacen pastillas —Cítal señaló adonde ambos sabían que se encontraba el laboratorio, la empresa más grande de la zona.

Peluso aulló de nuevo, indicando que iban por el camino correcto. Ella brincó feliz.

—El bicarbonato lo inventan en el laboratorio y Peluso aulló en las casas donde lo encontramos. ¡Allí está el ayote!

Cítal guardó las calaviuzas en el morral, ató su cabello en dos colas, acomodó sus alas y empuñó su espada. Cipipitío ajustó sus caites para proteger sus pies, frotó sus manos con saliva y sujetó su espada. Peluso meneó su cola y caminó delante.

En el laboratorio, escondidos tras una carreta, vieron la puerta iluminada con faroles. La luna parecía una rodaja de ayote.

—Hay faroles. Según la costumbre, donde hay faroles podés pedir ayote —susurraba Cítal.

Mientras Peluso provocaba al perro guardián para alejarlo de los primos, el terror se apoderaba de Cipipitío. Comenzó a sentir su pecho pesado, como de barro mojado, pero Cítal lo abrazó y le devolvió la espada que él había dejado caer.

Cuando el guardia fue a soltar al perro, dejó la puerta abierta, y Cítal y Cipipitío aprovecharon para entrar.

Cerca de la bodega olía a canela y dulce de panela. Por unas rendijas vieron las últimas porciones de ayote siendo trasladadas por niños vestidos de ángeles hacia un cuarto blanco con utensilios de vidrio.

Los perros peleaban.

—Allá voy, quédate en guardia —indicó Cítal.

Cipipitío se escondió tras unas cajas de bicarbonato. De pronto apareció un ángel y no tuvo más opción que derribarlo con su espada. Acto seguido, le quitó las alas, se las colocó, cargó los últimos ayotes e hizo fila atrás de Cítal para colocarlos en los recipientes donde al parecer comenzaba el proceso del laboratorio.

Al quedar el cuarto vacío, buscaron a los encargados. Sin encontrar a quién enfrentar, con sus espadas destruyeron los utensilios. Los vidrios

sonaron como miles de vasos rotos y de inmediato aparecieron dos hombres de blanco que se arrojaron sobre ellos. Cítal y Cipipitío les lanzaban espadazos pero tenían las de perder. Cuando los de blanco los tenían ya en sus manos, apareció Peluso con cuatro policías y un quinto agente corrió hacia Cítal.

—¡Hermano! ¿Cómo supiste que estaba en problemas?

—¡No te hagas! —dijo, enseñándole MalacatApp en su teléfono.

Entre los curiosos salió la mamá de Cipipitío, vestida de La Llorona, para abrazarlos.

Cítal y Cipipitío mimaron a Peluso y se tomaron una foto, pero el perro de ojos rojizos no aparecía en la imagen.

—¡Extraño! —exclamó Cítal.

—¿Sería Peluso de veras? —preguntó Cipipitío.

Todos coincidieron en que no les había acompañado Peluso, sino El Cadejo, el perro mitológico que protege y defiende contra los malos espíritus.

Según las noticias, el laboratorio convertía el ayote en miel en pastillas, como alimento para tiempos difíciles.

—Ni que viniera una pandemia —dijo Cítal entre carcajadas, tragando una pastilla.

—A veces el miedo es la más grande oportunidad para la aventura —pensó en voz alta Cipipitío y se echó una pastilla de ayote a la boca con satisfacción.

Pasa volando

Sandra Colorado

Desde pequeña, la oruga Olga había suplicado a los cielos dejar de sentirse como un objeto de la tierra y comenzar a sentirse más como un animal perteneciente a las brisas del viento.

Si bien Olga reconocía que su pequeño cuerpo arrugado poseía una gran flexibilidad para desplazarse por los suelos más espesos y escurridizos, ella no consideraba esa flexibilidad como una cualidad suficiente para mejorar su fuerza corporal o su débil forma de hacer visibilizar sus ideas y opiniones ante el mundo.

En una ocasión, Olga volvía del jardín donde aprendía, junto con otras amigas orugas, a seleccionar hojas para alimentarse y a formar diferentes figuras con su cuerpo para camuflarse en caso enfrentara algún peligro. Esa vez, su distraído tío Antonio, fue a recogerla para llegar a casa justo a la hora del almuerzo.

—Mi pancita está que ruge, tío Antonio. ¡Podría comerme un árbol entero! —le dijo mientras empezaba a acelerar cada vez más sus movimientos.

—¡No intentes apurarte, Olguita, sabes que te alcanzaré! —contestó su tío soltando una risa juguetona y apretando el paso.

Olga, en el intento de hacerle creer a su tío que había ganado, desapareció del camino. Se escondió detrás de un arbusto que daba paso a otro jardín abandonado. Pronto algo de ese jardín llamó la atención de Olga: era una rama caída con muchas hojas frescas.

—¡Vaya delicia! ¡Es mi día de suerte! —pensó y se arrojó sobre el manjar verde.

Olga escuchó a su tío gritando su nombre a lo lejos, y cuando estaba a punto de responderle, se distrajo por algo que se aproximaba. Era un ave con el plumaje del color de las hojas secas del árbol en otoño, que con sus fuertes garras se apoderó de la rama en donde Olga estaba comiendo.

Empezó a gritar desesperadamente, y cuando su tío por fin la encontró, era demasiado tarde: solo pudo ver cómo Olga se alejaba del suelo, como flotando, aferrándose a la rama para no caer.

—¡No quiero ser comida de aves! —se dijo con urgencia, mientras se retorcía para librarse de una garra y miraba con terror lo lejos que se encontraba del suelo.

No contó ni hasta tres y Olga saltó formando su cuerpo en una "c", tal y como lo había aprendido en el jardín la semana pasada. Al caer, se sacudió sin un rasguño, dio un gran brinco hacia su tío y lo abrazó con fuerza, prometiéndole que nunca más se volvería a salir del camino.

—Tal vez fue mi única oportunidad de separarme de la tierra y la perdí. ¿Cómo podría volver a hacerlo? —se dijo Olga con algo de tristeza, mientras seguía el camino de regreso a casa junto a su tío.

Una noche, cuando se encontraba recostada en el tronco de su árbol, ocurrió algo que raras veces pasaba en la tierra: tres estrellas fugaces atravesaron el cielo con trayectorias idénticas

en perfectas líneas paralelas y Olga logró verlas pasar. Inmediatamente, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas, implorando a las estrellas fugaces de la noche que le permitieran volver a sentir los vientos acariciar su cuerpo. Sería un sueño hecho realidad.

Mirando cómo desaparecían las estrellas fugaces, como luciérnagas que mudan a otro bosque, pensaba en la posibilidad de ser más veloz y resistente que sus presumidas vecinas, las hormigas, que cada tarde invadían el agujero del árbol donde Olga vivía, la trataban de manera irrespetuosa y la rodeaban para burlarse de ella:

—Tú no puedes caminar largos trechos como nosotras y no puedes siquiera sostener el peso de tu propio cuerpo.

— Por favor, ya váyanse y déjenme en paz. —Era lo único que lograba responder Olga, con voz débil.

A la mañana siguiente, Olga intentó estirarse como siempre lo hacía al despertar, pero no sentía sus patitas. Sintió su mente despierta, pero no su cuerpo, que ahora se encontraba inmóvil.

La oruga Olga se preocupó al principio e intentó agitar su cabeza, una y otra, y otra vez, pero nada. Cansada de intentar, decidió parar y esperar a ver si su cuerpo se animaba a reaccionar. Estaba segura de que era un mal sueño y volvió a dormir, pero al intentar nuevamente despertar y estirarse, seguía sin poder controlar su cuerpo.

La oruga Olga tenía frío y temblaba. Intentó abrir los ojos, pero no podía. Intentó sacudir su arrugado cuerpo y este no se sacudió ni un poquito. Mientras probaba mover alguna parte de su ser, se preguntaba si había hecho algo para merecer este encantamiento de inmovilidad y se puso a recordar, aunque nada encontró en su cabeza.

En medio de sus reflexiones, sintió de pronto que algo cambiaba. Se lo decía su mente y lo sentía en su cuerpo, pero le daba miedo lo que estos cambios podían traerle.

—¿Y si dejo de ser yo y nadie me reconoce? ¿Y si las hormigas se burlan más de mí? — pensaba con preocupación.

Empezó apreciar lo simple y rutinaria que había sido su vida en el árbol hasta entonces, pero también le daba curiosidad lo que podría ser de ella cuando todo lo que estaba padeciendo terminara.

Tanto fue su temor por no aceptar que algo diferente le ocurría que esperó innumerables días, hasta que por fin pudo poco a poco recuperar el movimiento de sus patitas, pero extrañamente le pareció que algo le pesaba. Inmediatamente, al poder dominar sus patas, empezó a patear muy fuerte la envoltura pegajosa que cubría su cuerpo, plaj, plaj, plaj, con sus patas sin parar hasta poder romperla.

Luego de mucho patear, por fin consiguió librarse de esa pupa envolvente y quiso por fin sacudirse y estirarse, excepto que cuando lo hizo sintió cómo se abrían unas enormes y hermosas alas en su espalda. Eran diferentes a las del ave que alguna vez vio de cerca, pero le encantaban igual. Olga no entendía nada de lo que le estaba pasando, y a pesar de su emoción por sus nuevas alas, empezó a llorar. Quería escapar e intentó correr, pero se dio cuenta de que aún estaba colgando de la rama de un gigantesco árbol.

—Voy a morir —pensó aterrorizada y, esta vez, decidió no saltar, pero de pronto un fuerte viento la dejó sin opción, porque la golpeó de tal manera que hizo que se soltara de la rama sin querer.

—Este es mi final —pensó resignada y cerró sus ojos para no ver la desgracia que se avecinaba.

Esperó el golpe del suelo, pero como este parecía no llegar, abrió lentamente los ojos y se dio cuenta que en realidad estaba flotando. No, no flotando; ¡volando! Con lágrimas en los ojos, Olga admiró sus bellas alas extendidas que le permitían deslizarse por el viento, salvándola de una caída fatal.

Ya no lo pudo negar; se sentía diferente, confundida y asombrada, pero entendió que estos cambios eran para bien, que no eran una transformación de su esencia, y exclamó moviendo sus alas:

—¡Ahora, podré disfrutar de lo que soy y siempre seré! —gritó en medio del cielo, libre al fin. Esta vez, la hermosa Olga, comprendió que el límite no era el cielo, sino ella misma, y que con cada esfuerzo por ser mejor construía su destino cada día.

Mateo y el charanguito mágico

Sara Maricruz Bravo Montenegro

Mateo era un niño que siempre conseguía lo que quería…Bueno, casi siempre: hace unas semanas les pidió un piano a sus papás y se lo negaron. Berrinche de por medio, lo castigaron una semana sin ver televisión ni escuchar música; ni siquiera para estudiar. Esto último fue lo más difícil porque, cuando escuchaba música, Mateo se dejaba transportar a otro mundo con cada nota de las canciones que salían de su parlante. Era como magia.

Al siguiente día se despidió serio, pero besó a sus padres como siempre lo hacía para ir a la escuela. Al llegar a su carpeta tiró la mochila. Su mal humor cambió un poco cuando recibió su examen de matemáticas con una nota alta, como siempre. Se alegró, pero no tenía con quién compartir esa alegría. Ninguno de sus compañeros celebraría su buena nota con él porque nadie quería estar cerca de Mateo, 'el sabelotodo chinchoso'.

Esa mañana en el recreo estaba solo en el patio y escuchó a un niño tocar un charanguito. Los rayos del sol se posaban sobre las tensas cuerdas del instrumento, del que salía una música feliz.

—¡Qué bonita música! —Mateo dijo para sí mismo y se acercó a donde estaba el niño del charanguito. Mientras caminaba, movía las manos intentando seguir el ritmo de la música.

El niño dejó de tocar el instrumento y sonrió cuando Mateo se acercó.

—¡Oye, tú, déjame tocar ese instrumento! —le demandó al llegar a su lado, estirando la mano para que se lo diera.

Al escuchar esas palabras, el niño frunció el ceño.

—Yo no me llamo "oye tú". Tengo un nombre y me llamo Daniel. ¿Tú cómo te llamas? —Daniel le preguntó, intentando ser amable a pesar de la forma grosera en que Mateo le habló.

—Soy Mateo. Ahora, dame el instrumento.

—No, no te lo daré y no me gusta que me traten así. Mi charanguito es mágico y no deja que otro toque sus cuerdas sin que le haya pedido permiso.

—¡Oh! ¡Hay que pedir permiso al instrumento? —Mateo preguntó con tono de burla.

—¡Así es! Debes tratarlo con cariño y pronunciar las palabras mágicas que te permitirán tocar sus cuerdas.

—Seguro que me estás inventando eso de las palabritas mágicas. ¡Dámelo! —demandó Mateo y le quitó el charanguito a Daniel por la fuerza.

Con el instrumento en la mano, Mateo llevó sus dedos pulgar e índice a una de las cuerdas y jaló. Acto seguido, el instrumento emitió un sonido tan estridente e insoportable que tuvo que soltarlo para taparse los oídos. Dio unos pasos hacia atrás, y mirando al instrumento balbuceó:

—Sí…, sí que es… es má-gi-co...

Daniel recogió el instrumento y lo revisó por delante y por detrás con preocupación; por suerte, el golpe no le había hecho ninguna herida, pero al tocar sus cuerdas, lo notó un poco destemplado y miró con fastidio a Mateo.

—Si no me lo hubieras arranchado, quizás te lo prestaría. No lo tendrás hasta que aprendas a usar las palabras mágicas. Seguro que tú ni las conoces. Y seguro que tampoco tienes amigos —le recriminó.

—¿Amigos? ¡Claro que los tengo! ¡Tú eres el que estás aquí solo, con tu horrible charanguito! —le contestó con rabia y se dio media vuelta.

Camino al salón, hablaba para sí mismo, muy molesto.

—¿Amigos? Claro que tengo amigos. ¿Qué se habrá creído ese Daniel? A ver… Luis, … no, Luis, no. Juan… No, ese no. José… no… tampoco —intentó contar con los dedos los amigos que tenía, pero ¡no tenía ni uno!

En el regreso, arrastró los pies, con los labios apretados. Al llegar al salón, un niño comentaba en voz baja: «Llegó 'el sabelotodo chinchoso',

tiene cara de molesto», «le arranchó el instrumento a Daniel, como hizo con mi celular ayer», «yo le pedí prestado su cuaderno y se hizo el que no me escuchaba», decían otros. Todos comentaban la escena. Él los miraba de reojo, con rabia, y les mostraba el puño derecho.

Ya en casa esa tarde, Mateo se preguntó si era un niño muy antipático o si quizás era un niño demasiado inteligente que entregaba todas las tareas, y… ¿por eso no tenía amigos?

—¡No, no! ¡Son solo ideas tuyas, Mateo! ¡Tú eres un niño muy simpático, además de inteligente! ¡Los demás son unos tontos! — se dijo a sí mismo.

Con un poco de tristeza, recordó el charanguito mágico. Se preguntó qué debería hacer para lograr tocarlo. Después de pensar y pensar, recordó que Daniel le había dicho que él no usaba las palabras mágicas y decidió observar a sus compañeros de clase para descubrir cuáles eran esas famosas palabras mágicas.

A la mañana siguiente, observó a los otros niños de su clase. Aunque en algunos grupos lo miraron mal y hasta alguien le preguntó qué hacía allí

escuchando sus conversaciones, Mateo no se dio por vencido y dibujaba una forzada sonrisa en su rostro cuando lo cuestionaban. Un par de veces incluso se rieron de él.

A lo largo del día, escuchó varias veces "por favor" y "gracias": con la primera expresión pedían cosas y con la segunda agradecían lo que habían obtenido. Apostó por intentar entrar a un grupo utilizando esas palabras y ensayó su sonrisa.

—¿Puedo entrar a su grupo para hacer las tareas de matemáticas juntos, por favor? Recuerden que yo saco siempre la nota más alta —les dijo con el puño en el aire acompañando su sonrisa ensayada.

Algunos niños se quedaron boquiabiertos. Uno de ellos levantó la ceja y otros se rieron.

—¿Pides por favor con el puño levantado? —comentó una niña.

—¡No sabemos si nos estás amenazando o nos estás pidiendo educadamente entrar al grupo! —dijo el líder con tono burlón.

Confundido, Mateo les respondió:

—¡Oh, disculpen!, no quise amenazarlos. Pero, ¿qué me dicen?

Lo sometieron a votación y la mayoría lo aceptó. Le recordaron que los tratara amablemente, como había hecho en ese momento.

Pasaron unos días y Mateo ayudó a su grupo con las tareas de matemáticas, siendo amable siempre. Pero al recibir su prueba, ¡había sacado una nota baja!, cosa que nunca le había sucedido. Algunos de los niños del grupo se rieron:

—¡Miren! ¡Quien nos ayudó con matemáticas se equivocó en las multiplicaciones! —uno comentó.

—¡Esta vez hasta yo saqué más que él! —otro se burló.

—¡Ya verán! ¡Volveré a sacar un notón en el siguiente examen! —Mateo les respondió furioso.

Al regresar a casa, volvió a pedirles a sus padres que le compraran el piano. Esta vez, como no hizo berrinche cuando le dijeron que no, lo premiaron con un álbum de música neoandina. Soñaba con tener un piano y componer música que le gustara a muchas personas y recordó que podría tocar el charanguito si buscaba a Daniel y lo trataba bien, utilizando las palabras mágicas.

La siguiente semana, en un recreo, buscó a Daniel en el patio de la escuela, tratando de escuchar por donde fuera el hermoso sonido de su charanguito. Escuchó niños riéndose, algunos de su salón gritando y otros cantando en coro y abrazados en círculo para hacer barra a su equipo de fútbol, pero nada. Se cansó y se sentó en una banca. De pronto, entre los gritos y cantos de los demás, unos sonidos melodiosos llamaron su atención… Era Daniel, que tocaba para un pequeño grupo de sus compañeros, delante de la puerta del salón de clases.

—Daniel, ¿puedes prestarme tu charanguito, por… por… favor? —pronunció titubeante la última palabra.

Daniel paró de tocar y levantó la mirada.

—Mateo, has cambiado. Te prestaré mi charanguito, pero pídele permiso directamente a él. Recuerda que es mágico.

Mateo no lo pensó dos veces: quería que saliera música del charanguito cuando él tocara sus cuerdas.

—Está bien —dijo—. Charanguito, ¿puedo tocar tus cuerdas, por favor?

Apenas terminó de hacer la pregunta, Mateo sintió un viento tibio que lo envolvía suavemente. Daniel también lo sintió y, con una sonrisa, le ofreció el instrumento. Sin poder resistirse, Mateo extendió los brazos y pronunció un "gracias" que pareció una música bien entonada.

Con dudas, puso sus dedos índice y pulgar sobre una de las cuerdas y jaló. Esta vez, el sonido no fue estridente como antes.

Daniel asintió con alegría.

—El charanguito se dejará tocar por ti. De allí a que salga bonita música, eso depende de tu inspiración.

Mateo acercó otra vez sus dedos a las cuerdas del instrumento, pero sin tocarlas: no sabía si lograría hacer música como la de Daniel, pero se animó y tocó una cuerda, otra y después una y otra más. El corazón del charanguito latía alegre como el de Mateo, mientras algunos de sus compañeros, asombrados, se acercaron para escucharlo tocar.

Un verano sin balón

Uchi

Me despierto y mamá ya está pidiendo mi ayuda para los quehaceres del día. Es verano y me he librado de la escuela y de mis profesores, pero no de limpiar, barrer y ordenar. Por suerte este año solo me inscribieron en clases de matemáticas dos veces a la semana durante las mañanas. Si no aceptaba hubiera tenido que despedirme de las tardes de pichanguita con mis amigos del barrio y de lucir el regalo que me dieron por Navidad: una pelota oficial de la Copa América.

Ese pequeño obsequio me vuelve en el niño más solicitado de la Urbanización Maranga: todos me buscan para salir a jugar. Sé que no soy un crack, pero igual me agrada ser el delantero, meter tantos goles como pueda y ser el líder de los demás. Yo decido quién está en mi equipo y quién no. No consulto a nadie, porque este verano yo soy el jefe.

Alrededor de las tres, mis amigos tocan el timbre y a una sola voz, repiten la misma frase: "¿Se encuentra José?".

Quien llega primero se apodera de la cancha. Así que corremos tan rápido como nuestras cortas piernas lo permiten.

Para nuestra mala suerte, la mitad de la cancha ya está ocupada por los gemelos pecosos y su tribu, pero yo traigo la pelota, así que el juego no empieza hasta que yo no lo diga.

Los pecosos viven a dos casas de la mía y se supone que solo son un año mayor que yo, pero por algún motivo que no acabo de entender, son mucho más altos, me llevan dos cabezas. Es extraño verlos ahí; se corrió el rumor de que los habían enviado a pasar las vacaciones con sus primos, pero no me sorprendería que tampoco los soportase su propia familia. Son pesados y siempre hacen trampa en los partidos. Además, el año pasado me quitaron mi antigua pelota y se la quedaron como trofeo, los muy descarados.

Nos acercamos al equipo rival y empezamos las negociaciones: gana quien meta más goles o hasta que no podamos ver porque cae la noche. Si un jugador es llamado a gritos por su mamá, su equipo continúa sin lamentaciones. Por lo demás, todo está permitido.

Así que nos ponemos en nuestras posiciones. Claro que yo saco primero y empezamos con pequeños pases entre nosotros, midiéndonos. Nadie se atreve asomarse a la portería contraria. Trato de quedarme con el balón el mayor tiempo posible, porque quiero ser el primero en meter un gol y vengarme de los pecosos.

Sin embargo, de un momento a otro las cosas cambian: el equipo rival empieza a jugar sucio, con empujones, codazos e insultos al oído. Empiezan a ponernos zancadillas y dejan a mis amigos tendidos en el suelo.

Solo quedo yo en pie en el medio campo y me pasan la pelota. De repente, todo el equipo contrario corre hacia mí para quitármela.

Para evitarme las patadas y el beso que estoy seguro de que le daré al piso cuando me alcancen, pateo el balón con todas mis fuerzas hacia la portería. Pero para mi mala suerte, la pelota se aleja sin dirección y con ella, mis sueños de ganador. Para rematarla, igual me tumban y de recuerdo me obsequian una patada en el tobillo.

El balón sigue volando, atraviesa toda la cancha y hasta pasa la portería para terminar en el patio del viejo loco. No solo perdería el partido, sino también mi balón.

El viejo loco. Así llamamos al señor que vive en la casa de la esquina del parque. Jamás me devolvería la pelota, estoy seguro. Muchos lo han intentado, y hasta donde yo sé, nadie lo ha conseguido. Se corre el rumor de que, en las noches, desinfla los balones y los exhibe como trofeos de guerra en su sala.

Todos me miran, pero apenas pregunto quién viene conmigo a buscar la pelota, desvían su mirada y poco a poco se alejan hacia el pasto para sentarse hasta que me las arregle para recuperar mi balón. No solo soy el dueño de la pelota, sino también el último que la tocó.

Con mi cara de miedo, me dirijo a la casa del anciano. Mientras camino, pienso en cómo lo haré: mirarlo a los ojos y reclamar a gritos lo que es mío como hacen los adultos, y no irme hasta que devuelva el balón es lo único que se me ocurre.

Al llegar a la puerta, empiezo a dudar. El problema es que, si no regreso con el balón, me avergonzará contestar las preguntas de mis amigos y supondrán que me dio miedo. Con eso terminaría para mí el verano y mi breve popularidad.

Llego y toco el timbre. Pasan los segundos y no obtengo respuesta. Tomo aliento y vuelvo a intentarlo. Luego de unos segundos que parecieron horas, el anciano abre la puerta con mi balón en sus manos.

—Te he visto jugar —es lo primero que me dice y continúa—. No juegas muy bien.

Ignoro su comentario y le digo lo primero que se me viene a la cabeza:

—Buenas tardes, vengo por mi pelota, mis amigos patearon mal y fue a dar a su patio —le explico. No quiero presentarme como el culpable y perder tiempo con una reprimenda.

—Eso es mentira, tú fuiste el último en patearla —me sorprende con su respuesta.

Pensaba que él sería la última persona a la que podía interesarle nuestro partido y solo lo miro mientras él continúa

—Y ni siquiera estuviste cerca de meter un gol.

No sé cómo reaccionar y el viejo sigue hablando.

—Y lo peor de todo es que no sabes jugar en equipo, te gusta tener el balón para ti solo. —dice y señala a los pecosos y su equipo, que nos están dando la espalda—. Es por eso que el otro grupo te atacó, porque sabían que no soltarías la pelota y no buscarías el apoyo de nadie.

—Eso no es verdad. Solo quiero mi pelota y regresar al partido —le contesto desafiante, entornando los ojos. Me molestó escucharle decir esas palabras.

Con el balón todavía entre sus manos, el anciano continúa:

—Crees que la amistad vale este balón, pero no es así.

—Pero ayuda un montón en conseguirla —completo su afirmación y me responde con una carcajada.

—Te buscan por lo que tienes, no por ti. Si miento, entonces por qué estás tocando mi puerta tú solo y no acompañado de tus amigos, aunque sea los de tu propio equipo.

—Porque usted nos da miedo.

—Entonces con mayor razón deberían haber venido contigo: ¿no has escuchado decir que los amigos deben estar en las buenas y malas? —me pregunta.

Abro la boca para responderle una vez más, pero nada me sale. Quiero decirle que nada de ello es cierto, que yo estoy ahí porque soy más valiente que los demás. Pero no puedo, porque sé que no es verdad.

Finalmente, solo atino a bajar la mirada. En verdad estaba solo.

—Te devolveré el balón mañana con una condición: hazle creer a tus amigos que no te lo voy a dar.

—No entiendo, ¿por qué? —le respondo confundido.

—Si les dices eso podrás darte cuenta quiénes siguen contigo el resto de la tarde y los que se van a sus casas o a jugar a otro lado. Verás quiénes son tus verdaderos amigos.

No sé si cumplirá su palabra, pero no tengo otra opción. El balón es mi regalo de navidad y desde que lo recibí no me pierdo de ninguna pichanguita.

Regreso a la cancha con la cabeza gacha y las manos vacías. Claro que los pecosos y sus seguidores se ríen y rápidamente desaparecen, mientras que, de mis amigos, solo tres de los siete me acompañan a casa. El anciano tenía razón.

Al día siguiente voy a ver al anciano muy temprano para asegurarme de que nadie me vea. Ya no me agrada llamarlo viejo loco. Con una sonrisa amplia y victoriosa, me abre la puerta con la pelota en las manos.

—Sigue divirtiéndote de lo que resta de las vacaciones con tus verdaderos amigos —dice y me devuelve el balón—. Lo maravilloso del fútbol es que aprendes a jugar en equipo con tus amigos, sin importar qué tengas de valor.

Sigo sorprendido. Aún no sé cómo pudo adivinar lo que pasaría.

De regreso a mi casa, tengo claro que ocultaré el balón por lo que resta del verano. Desde hoy quiero que empiecen a buscarme por lo que en verdad valgo y no por las cosas que tengo… total, tengo diez años y lo único que quiero es jugar el fútbol con amigos de verdad.

El descubrimiento de Pipina

Vero Ferrari

Una tarde de invierno en el parque, mientras Pipina identificaba las flores y las iba apuntando una por una en su libreta, se acerca Rubí, su mejor amiga, y luego de saludarla, con voz dudosa, le comenta:

—Ayer fui a tu casa y por la ventana vi a tu mamá besando a una chica.

—¿Qué?

—Que ayer fui a tu…

—¡No! ¡Estás mintiendo! —la interrumpe Pipina —Y no vuelvas a asomarte a mi ventana.

Molesta, Rubí se va corriendo, pero a lo lejos se escucha:

—¡Te estoy diciendo la verdad, Pipinaaaaaaaa!

La niña se sienta entre los árboles, saca a Simón de su canasta y le da de comer, mientras le comenta lo ocurrido:

—¿Por qué será así Rubí? Tan fisgona, preguntando siempre que por qué hago una cosa y no la otra, por qué tengo a veces los ojos rojos o por qué me río tanto.

—¿Qué hizo ahora? —le pregunta Simón.

—Meter las narices en donde no le incumbe.

—Pero es tu mejor amiga.

—Lo sé.

—Y además estuvo contigo cuando papá se fue de casa.

—Sí, y cuando mamá empezó a trabajar, venía para que no me aburriera con la abuela… Pero ahora me sale con esto —termina la conversación con un suspiro.

Cae la noche y Pipina tiene frío porque no trajo el abrigo rojo que suele usar en sus paseos, las veces

en que mamá la deja ir al parque a pasear sin supervisión de la abuela. Guarda a Simón en su canasta; sabe que tiene que ir a casa pronto, pero algo en el camino la detiene. Las palabras de Rubí no dejan de darle vueltas en la cabeza.

—¿Mamá besaba a una mujer? ¡No es posible! —comenta Pipina.

—¿Será Anita, la amiga de mamá? —pregunta Simón desde la canasta.

—¿La que viene los viernes por la noche cuando mamá llega del trabajo?

—Ajá —asiente Simón, para luego añadir— y siempre se va con ella el lunes por la mañana.

El camino es cada vez más oscuro, y a pesar de que su casa está cerca, Pipina se siente lejos. Los pies le pesan como si estuvieran pegados al suelo y el frío la hace tiritar. Vuelve a lamentar no haber traído el abrigo rojo que siempre la acompaña. Se seca las lágrimas que inesperadamente le salen,

mientras las sombras de los árboles se hacen cada vez más grandes, y desde el fondo del parque escucha unas voces:

—¡Está mal que dos mujeres se besen! —ulula el búho acomodando sus lentes.

—¿Quién habla? —pregunta Pipina, aguzando la mirada.

—¡Está mal que salgan por televisión! —chilla el conejo revisando su reloj.

—¿Qué dices? —demanda Pipina, tratando de mirar dentro de un hoyo.

—¡Está mal que tengan hijos! —musita el ratón limpiando una calabaza.

—¿Cómo así? —cuestiona Pipina, tratando de atrapar al roedor.

—¡Se van a ir al infierno! —sentencia el lobo, quitándose el disfraz de abuela.

Pipina, muerta de miedo, le grita:

—¡Pero qué boca tan horrible tienes!

Y corre y corre para que esa boca tan fea, esos dientes tan grandes y esas uñas tan largas no la atrapen. Sentía como si hubiera corrido mil kilómetros, cuando por fin llega a casa. Mira por la ventana y ve a Anita preparando la cena.

Pipina recuerda que los sábados Anita se levanta temprano y prepara el desayuno mientras mamá sigue durmiendo. Al rato, cuando por fin se despierta, le llevan el desayuno a la cama a su mamá, y luego ella y Anita se van juntas al mercado.

—¿Mamá tiene novia? —pregunta Simón, un poco mareado después de tantas preguntas y correrías.

Al recordar lo bien que la pasan los fines de semana juntas las tres, Pipina se da cuenta de que cuando Anita viene mamá es feliz, sus ojos se iluminan y es más divertida. ¡Hasta baila por toda la casa! Entonces…

—¡Sí! Mamá tiene novia —le responde Pipina.

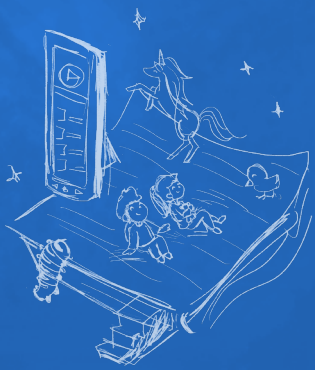
Con estos bonitos pensamientos en mente, Pipina sonríe, se seca las lágrimas, respira profundo y está lista para entrar a su casa. Ya no le importa si todas las mamás en el colegio siguen preguntando por qué su papá no está o que la abuela menee la cabeza disgustada cuando ve juntas a mamá y Anita.

Abre la puerta y corre hacia los brazos de las dos, pero antes de que empiecen a preguntarle por qué se demoró tanto, por qué están tan agitada o por qué Simón sigue mareado, les dice:

—No quiero que me digan que estoy muy chiquita o que no entiendo de estas cosas: si se van al infierno, como dice el lobo, yo quiero ir con ustedes.

Las dos la miran con extrañeza, pero luego sonríen, asienten y mamá le da el abrazo más fuerte que nunca le había dado.

—Siempre juntas, Pipina. Somos una familia.



Serie
TALLERES VIRTUALES

ISBN: 978-612-4395-23-9